

UNAMUNO Y SU LECTURA DE PASCAL: *DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA* COMO PRINCIPIO DE ACCIÓN SOLIDARIA¹

Unamuno and his interpretation of Pascal: Del sentimiento trágico de la vida as a principle of solidarity action

Alicia VILLAR EZCURRA

Universidad Pontificia Comillas. Madrid

Correo-e: avillar@chs.upcomillas.es

Fecha de recepción: 23/2/2009; aceptación definitiva: 30/4/2009

RESUMEN: Unamuno destacó a Pascal como uno de sus «hermanos espirituales», «sentidor», como él, de los problemas esenciales. Este artículo aborda la lectura que Unamuno hizo de Pascal desde su visión trágica de la condición humana, atendiendo al periodo 1897-1912 y recogiendo anotaciones de Unamuno inéditas (MCU 68/15 y MCU 68/34). Asimismo, se expone la valoración que Unamuno hizo del libro de A. Vinet sobre Pascal según el manuscrito también inédito (MCU 85/50). Por último, se destacan la afinidad entre los dos pensadores que, desde el ahondamiento en los conflictos y el carácter trágico de la existencia humana, buscaron el fundamento trascendente de una ética de máximos que hiciera surgir del abismo de la miseria una acción comprometida y solidaria.

Palabras clave: Unamuno-Pascal, tragedia, amor de Dios, solidaridad.

1. Este artículo se enmarca en el Proyecto de I+D: «Fundamentos filosóficos de la idea de solidaridad» (FFI 2008-05104) del Ministerio de Educación y Ciencia (España). Los manuscritos inéditos que se citan con las siglas CMU han sido consultados en Casa-Museo Unamuno en Salamanca. Mi agradecimiento a su Directora, Ana Chaguaceda, y a todo el personal por la valiosa ayuda prestada durante la estancia en la primera semana de febrero de 2010, imprescindible para realizar el presente estudio. Un estudio más breve sobre este mismo tema (Unamuno lector de Pascal) aparecerá próximamente en el libro colectivo sobre Unamuno coordinado por J. C. Moreno Romo (Coyoacán, México).

ABSTRACT: Unamuno regarded Pascal as one of his «spiritual brothers», as «someone who could feel» essential problems as he did himself. This article deals with Unamuno's interpretation of Pascal from his tragic vision of the human condition, focusing on the period from 1897 to 1912. The article includes Unamuno's unpublished notes (MCU 68/15 and MCU 68/34) and his assessment of the book written by A. Vinet on Pascal, based on another unpublished manuscript (MCU 85/50). Lastly, the article emphasises the affinity between both thinkers who, by analysing conflicts and the tragic sense of human existence in depth, looked for the transcendental foundation of moral principles that would cause solidarity and a committed action to arise from the abyss of misery.

Key words: Unamuno-Pascal, tragedy, God's love, solidarity.

INTRODUCCIÓN

Unamuno y Pascal compartieron un mismo «pathos vital» y se orientaron a despertar los espíritus adormilados, que viven de espaldas a las cuestiones últimas. Ambos buscaron el fundamento trascendente de la pervivencia personal y de una ética de máximos. No les bastaba con cumplir la ley, sino que aspiraron a la pura bondad, a la generosidad altruista y al perfecto heroísmo.

Además, es sabido que Unamuno asoció su propio nombre al de Pascal en varios momentos de su trayectoria. Hay dos referencias bien conocidas: la primera de ellas, corresponde al *Del sentimiento trágico de la vida* (1911), donde cita a Pascal como uno de esos ejemplares típicos de «hombres de carne y hueso»², cargados de sabiduría; la segunda, es el artículo que Unamuno dedica a Pascal, en 1623, con motivo del tercer centenario de su muerte³ y que posteriormente incluyó, con un mayor desarrollo, en su libro *La agonía del cristianismo*. Ahí declaró: «lo que hace la fuerza externa de Pascal es que hay tantos Pascales cuantos leyéndole le sienten y no sólo le entienden. Así viven en él los que comulgan con su fe

2. UNAMUNO, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. Edición de Nelson Orringer, Tecnos, Madrid, cap. I, p. 106. Como es sabido el primer capítulo de *Del sentimiento trágico de la vida*, apareció en 1911, en el número de diciembre de la Revista *La España Moderna*.

3. *La Revue de Méthaphysique et moral* (n.º 2, 1923) dedicó un número monográfico a Pascal, en el que colaboraron los mejores especialistas del momento: M. Blondel (*Le jansenisme et l'antijansenisme* de Pascal), L. Brunschvicg (*La solitude de Pascal*), J. Chevalier (*La méthode de connaître d'après Pascal*), H. Höffding (*Pascal et Kierkegaard*), J. Laporte (*Pascal et la doctrine de Port-Royal*), F. Rauh (*La philosophie de Pascal*). Xavier León, Director de la Revista, a propuesta de J. Chevalier, invitó a Unamuno a colaborar en este número extraordinario (Carta de Xavier León de 23 de octubre de 1922, y de 29 de diciembre de 1922). Unamuno escribió el artículo en Salamanca, antes de salir deportado a Fuerteventura. Jacques Chevalier tradujo el texto de Unamuno al francés en 1923. Posteriormente, Unamuno incluyó el artículo «La fe pascaliana» como el capítulo IX de *La agonía del cristianismo*. El título de este libro se debió a Couchoud (Carta de Unamuno a Cassou de 4 de julio de 1932). La versión francesa apareció en 1625, la española en 1930.

dolorosa»⁴. El mismo Unamuno, a lo largo de su vida, experimentó con distinto dolor la búsqueda de la fe y la orientación de su acción.

¿Cuáles fueron los motivos que llamaron la atención de Unamuno sobre Pascal? ¿Cuándo y por qué leyó y releyó a Pascal? En las páginas que siguen, precisaré primero algunos de los escritos de Unamuno en los que Pascal es nombrado, sin ánimo de exhaustividad, dada la amplitud de su obra y correspondencia; en segundo lugar analizaré la presencia de Pascal en el *Tratado del amor de Dios y Del sentimiento trágico de la vida*, así como su lectura personal de los *Pensamientos*, a través del estudio de A. Vinet; por último, señalaré los aspectos fundamentales y el *pathos* existencial, que a mi juicio comparten estos dos pensadores que buscaron el fundamento trascendente de su acción siempre comprometida. No abordo la visión de Unamuno de *La fe pascaliana*, que podría ser objeto de un análisis mucho más extenso, y a la que se han dedicado varios artículos⁵. En todo caso, mostraré cómo la interpretación y recreación que Unamuno realizó de Pascal, a quien releyó en varios momentos de su vida, fue siempre muy personal y buscó en él los aspectos esenciales en los que se veía a sí mismo reflejado. En él pesa más la inspiración que la erudición.

LA LECTURA DE PASCAL POR PARTE DE UNAMUNO

Las lecturas de Unamuno fueron amplísimas y leía varios libros a un tiempo⁶. A veces, leía sin tomar notas; en otras ocasiones, marcaba en el margen los pasajes que le llamaban la atención y en la última hoja apuntaba las páginas que no quería olvidar⁷. De los libros que más le interesaban, le gustaba tomar anotaciones y citas, para después meditar sobre ellas.

Parte de la Biblioteca de don Miguel, que contaba entre 5.000 a 6.000 libros, se conserva en la Casa-Museo de Unamuno. Se dispone de varios libros de y sobre

4. UNAMUNO, Miguel de. *La agonía del cristianismo, Obras Completas*. Escelicer VII, Madrid, 1969, p. 344.

5. Véase entre otros: ROBLES, Laureano. Unamuno y la fe pascaliana. *Cuadernos Cátedra Miguel de Unamuno*, 37, 2002, pp. 115-124; ORRINGER, Nelson R. Pascal, portavoz de Unamuno y clave de la agonía del cristianismo. *Cuadernos Cátedra Miguel de Unamuno*, 42, 2-2006, pp. 39-73; NÚÑEZ RIVERO, Miguel Ángel. Verdad religiosa frente a verdad de razón. Un estudio comparativo entre Blaise Pascal y Miguel de Unamuno. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, V-1985, Universidad Complutense. Madrid; LÓPEZ-MORILLAS, Juan. Unamuno y Pascal. Notas sobre el concepto de la agonía. En *Intelectuales y espirituales, Revista de Occidente*, 1961; Martín, GARCÍA-ALÓS. *Pascal en Unamuno*, Atlántida, tomo VIII, 1980, pp. 81-92.

6. En determinados momentos de su vida, confiesa: «leo dos, tres, cuatro, hasta diez libros al tiempo...», debido, entre otras cosas, a sus continuas colaboraciones periódicas en prensa y revistas (MCU: 67/11, «Notas para artículos»).

7. Juan Acosta contó 634 libros de temas religiosos, y en 332 anotaciones de Unamuno. Cfr. ORRINGER, Nelson O. *Unamuno y los protestantes liberales* (1912). Gredos, Madrid, 1985, p. 15 (nota 5).

Pascal: un ejemplar de las *Cartas Provinciales* de 1846⁸ y dos ediciones de los *Pensamientos*⁹, una de 1847 y otra de 1913, anotada por el propio Unamuno. Esta última, sigue la ordenación de los fragmentos fijada por la edición de L. Brunschvicg que en 1897 había ofrecido una nueva clasificación de los fragmentos por temas y que fue la edición crítica de referencia, hasta bien entrado el siglo xx¹⁰.

Además, se conserva el libro de A. Vinet: *Etudes sur Blaise Pascal*, editado en 1904 y que don Miguel valoró especialmente. También leyó la obra de Sainte-Beuve sobre Port-Royal, aunque no se conserva en la Casa-Museo. Ahí conoció el pensamiento del abate Saint-Cyran, un vasco que a su juicio inspiró a Pascal, tema que desarrollará en «La fe pascaliana». Asimismo, leyó el estudio de su amigo Jacques Chevalier sobre Pascal que publicó en 1922 y la nueva edición que éste preparó sobre *Los Pensamientos*.

1897-1903

No hay constancia de la fecha exacta en la que Unamuno pudo comenzar a leer a Pascal. No he encontrado citado su nombre en los diversos cuadernos escritos desde su juventud, anteriores a 1897, conservados en la Casa-Museo Unamuno. En cambio, en esos cuadernos aparecen citados abundantemente otros autores con los que entonces dialoga, como por ejemplo, Spinoza, Kant, Hegel o Spencer. Tampoco figura el nombre de Pascal en los cuadernos que recogen su programa de Psicología, Lógica y Ética¹¹.

La lectura de estos Cuadernos inéditos sorprende al lector de Unamuno y permite descubrir al hombre de «carne y hueso» que intuía dolorosamente los conflictos que arrastraría a lo largo de su vida. Entre otros, la permanente lucha entre el sentimiento y la razón, la búsqueda de la felicidad interna o de la gloria externa. En el cuaderno de «Apuntes variados», datado en fecha anterior a 1886, anota:

La mística es el fondo de la religión, la teología su forma, ¡maldito si de ésta se ocupan! Cuando me paro y pienso bien en ello, tomo miedo y lleno de terror vuelvo atrás. O renunciarle o renunciar a ella, y en uno o en otro caso, renunciar a mi

8. *Les Provinciales ou lettres écrites par Luis de Montalte a un Provincial de ses samis et aux RRPP jésuites sur ce sujet*, G. Charpentier, París, 1888 (U/951). (No cuenta con anotaciones de Unamuno).

9. *Pensées de Blaise Pascal sur la religion et sur quelques autres sujets*. Librairie Charpentier, París, 1847, (U/2788); *Pensées d'après l'édition de M. Brunschvicg*, Préface d'Emile Boutroux, Introduction par Victor Cousin, Colección Galia, 1913 (U/1506, anotada por Unamuno). Esta edición incluye también el prefacio que se incluyó en la primera edición de Port-Royal de 1670.

10. Como se explicará más adelante, hasta 1943 con L. Lafuma, no se estudiaron las copias del manuscrito original que reflejaban el estado de los papeles de Pascal a su muerte. Actualmente, las *Oeuvres Complètes* de Pascal incluyen la edición de los *Pensamientos* de M. Le Guern que sigue el orden de la primera copia (*Oeuvres Complètes*, 2 vols. Bibliothèque la Pléiade. Gallimard, París, 1998-2000).

11. MCU 68/15.

dicha, porque ella consiste en unir lo que no puede ser unido. ¡Qué de amarguras me esperan y la esperan!...

¿Qué vale más la felicidad interna o la gloria externa? ¡Ay! Es que están de tal modo unidas que para mí, sin la una no puede darse la otra. Y sin embargo son incompatibles.

¿Quién me dará la paz de mi alma, si mi alma ha nacido para la guerra!¹²

Las diversas crisis espirituales de Unamuno, le harán buscar compañeros de armas en su particular guerra, vivida como una travesía del desierto. Buscará almas gemelas que también hayan experimentado el desgarramiento interior; así Pascal se convertirá en un espíritu afín, que confronta la razón con el sentimiento, la lógica con la vida.

En fechas anteriores a la crisis de 1897, aunque Pascal no es citado, hay ecos de su pensamiento. En concreto, en la Conferencia pronunciada en el Ateneo de Sevilla en noviembre de 1896: *Sobre el cultivo de la demótica* se incluye un pasaje de inspiración pascaliana, que evoca el infinito de grandeza y el infinito de pequeñez y que reproduzco seguidamente:

... No hay hecho alguno insignificante, para el que sabe ver el universo todo en una gota de agua, la inmensidad que se abre al telescopio en la inmensidad que se abre al microscopio, lo infinitamente grande en lo infinitamente pequeño... Un hecho es todo o nada, según se le mire, y si se le mira bien, todo y nada a la vez, el infinito en el cero... y así se le restablece en su verdadera posición¹³.

El nombre de Pascal no aparece, pero es manifiesta la coincidencia en la terminología con el fragmento titulado «Desproporción» (L. 199, B. 72): «¿Qué es el hombre en la naturaleza? ¿Un todo o una nada...?» se preguntaba ahí Pascal¹⁴, al confrontarse con el infinito de grandeza y de pequeñez.

Después de la crisis de 1897, como es sabido, Unamuno, especialmente sensible a los temas religiosos, pensará que sin inquietud religiosa no se puede llegar a calma alguna fecunda. Verá a Pascal como a un verdadero maestro de la inquietud, al modo de Agustín de Hipona. No es solo que le interese Pascal, es que en él se reconoce y proyecta, pues cree compartir una sensibilidad común en cuestiones esenciales. Revive a Pascal en su propio siglo y en su ámbito y recrea sus meditaciones cordiales que buscan tocar fibras sensibles y sugerir estados de ánimo.

Pasado año y medio de su crisis de 1897, en la carta de Unamuno a su amigo Leopoldo Gutiérrez Abascal, le confía que en esos momentos, «le sacude sobre todo [...] los *Pensamientos* de Pascal» y le califica como un «pobre espíritu martirizado por la obsesión de su destino»¹⁵ que edifica con su corazón, las ruinas que la razón

12. MCU 67/112. Cuaderno XVIII de «Apuntes variados», fechado antes de 1886, ¿1884?, p. 15.

13. UNAMUNO, Miguel de. *Obras Completas*, vol. IX, Escelicer, Madrid, p. 54.

14. En ese largo fragmento, Pascal expresa su asombro ante las nuevas observaciones que entonces proporcionó el descubrimiento del telescopio y el microscopio.

15. Carta a Gutiérrez Abascal de 3 de octubre de 1898, *Cartas íntimas*, Epistolario entre Miguel de Unamuno y los hermanos Gutiérrez Abascal, Eguzki, Bilbao, carta n.º 20, p. 103.

teórica acumuló. En 1899, lamenta que en la literatura francesa se haya extinguido «el alma de Pascal»¹⁶. Frente al racionalismo francés, que le resulta antipático, prefiere a Pascal y Senancour¹⁷. Además, si ya desde la primera crisis religiosa de juventud, Unamuno había sido crítico con la Escolástica¹⁸, su evolución posterior acentuará esta postura. Entonces, seguirá pensando que las pretendidas pruebas de la existencia de Dios son falacias, pero también defenderá que no hay nada que demuestre su no existencia: como Pascal insistirá en que Dios se revela por vía cordial.

Por aquel tiempo, Unamuno también toma contacto indirecto con Pascal, a través de su lectura de los protestantes liberales de lengua francesa¹⁹, deudores, en mayor o menor grado de su pensamiento. Es el caso de Auguste Sabatier²⁰

16. «Yo personalmente, gusto poco de la literatura francesa. Me gustan los suizos y los belgas que escriben en francés, pero los parisienses muy pocos. El espíritu francés, es casi siempre, sensual y lógico, y ni la sensualidad ni la lógica me atraen. Sólo las quiero como escalones para la suprasensualidad y la metalógica, para lo místico y lo intuitivo... Ahora los grandes son otra cosa: Taine, Zola... Pero prefiero a Amiel, el abismático Amiel y aquel estupendo Obermann en cuyos brazos se aduerme el alma... Parece que se ha extinguido el alma de *Pascal*...». Carta de Unamuno a Emilio Coll, Salamanca, 1899, en *Epistolario Americano*. Edición de Laureano Robles, Universidad de Salamanca, 1996, p. 73.

17. «Tengo algo de francófono, y si leo francés es a belgas o a suizos de preferencia. El grupo ginebrino (Amiel, Secretan, etc...) me encantan. También me satisface ese grupo de protestantes franceses (Deville... Sabatier...). Del resto, de los pasados, *Pascal* y Senancour (el autor del inmenso Obermann, uno de mis libros favoritos), son los que más me gustan». Carta de Unamuno a Enrique Rodó de 5 de mayo de 1900, *Epistolario Americano*, p. 101.

18. Esta crisis de Unamuno se fija entre 1884 y 1886. Sánchez- Barbudo la calificó de «crisis Chataubriand»; *Revista Hisp. Moderna*, XV, New York, 1949, p. 101.

En el cuaderno que Unamuno escribe aproximadamente a los 20 años, en 1884, se recogen sus comentarios a la educación recibida que califica de «espíritu encogido, escolástico, sin sentido común, sin discernimiento». Considera las distinciones escolásticas de «paparuchas» y la mística el fondo de la religión. Cuaderno n.º XVIII de Apuntes variados (MCU 67/112).

19. Nelson Orringer ha analizado las fuentes *Del sentimiento trágico de la vida* por lo que a los protestantes liberales se refiere. Orringer clasifica estos autores en tres grupos: 1) los que componen el ritschlianismo alemán, 2) los herederos francófonos de Schleiermacher y 3) predicadores de lengua inglesa y de tendencias liberales en su pensamiento religioso. Al segundo grupo pertenecen Alexandre-Rodolphe Vinet y los dos «simbolofideístas» Eugène Ménégoz y Auguste Sabatier (o. c., p. 22). Orringer señala que la originalidad de Pascal consiste en sintetizar a Vinet y Sabatier de tal forma que una preocupación escatológica sustituya al interés moral de Sabatier. «A Vinet debe Unamuno, con toda su probabilidad, su contacto con Pascal alrededor de 1912, su principio ontológico del ser como afán de ser todo, sin dejar de ser uno mismo, su principio epistemológico de la voluntad como condición del conocimiento, la idea pascaliana de que el conocimiento de Dios es la posesión de Él, y otras antítesis menores». *Unamuno y los protestantes liberales (1912). Sobre las fuentes «Del sentimiento trágico de la vida»*, p. 231.

20. «Estoy esperando a que Villegas me devuelva la "Philosophie de la Religion" de Sabatier... para enviárselo. Es un libro íntimo, de verdadera piedad, en que el sentido cristiano se concilia con las irresistibles necesidades lógicas de la razón, en que se convierte la duda en esperanza. Es un contrasentido y una imposibilidad afirmar redondamente que nos aniquilamos al morir y la duda que queda abierta debe convertirse en esperanza. Este deber moral engendra fe y la fe certeza de un orden que no es lógico». Carta de Unamuno a Enrique Rodó de 5 de mayo de 1900. *Epistolario Americano*, p. 102.

(1839-1901) y sobre todo Alexander-Rodolphe Vinet (1797-1847). Este último merece una especial mención, pues su estudio sobre Pascal fue analizado detenidamente por Unamuno y a él me referiré en un apartado posterior.

En los escritos que Unamuno compone por esas fechas, incluidos los cuadernos del *Diario íntimo*²¹, no he encontrado una mención expresa de Pascal, pero el tono de esos escritos no es ajeno a su pensamiento. Es el caso de *Nicodemo el fariseo* (1899) y su crítica al intelectualismo, su reivindicación de la meditación del corazón y su llamada a la fe de la infancia y a la conversión. También los *Tres Ensayos* (1900), que carecen de citas, revelan afinidad con Pascal y perfilan el tono de «predicador laico o lego», por el que Unamuno se querrá caracterizar²².

En su ensayo ¡*Adentro!*!, de tono agustiniano²³, Unamuno, como Pascal, aboga por no huir de la conciencia de la propia nada radical, pues de ahí se puede cobrar fuerzas para aspirar a lo inasequible, para serlo todo. El ensayo es una invitación a buscar dentro de sí y a desmundanizarse; solo desde ahí, buceando en el propio interior, se puede irradiar a la sociedad, pues solo es eficaz la unión de aquel que busca a otro para darle lo que le sobra, no para pedir lo que falta²⁴.

En *La ideocracia*, también como Pascal, aborrece la tiranía de las ideas pues considera que la verdad es algo más hondo que tener razón y más íntimo que la mera concordancia lógica de dos conceptos o congruencia entre ideas. Anima a pensar con todo el cuerpo y con los sentimientos, a obedecer a la propia conciencia más que a racionalizar la ética, pues la verdad es amor y vida en la realidad de los espíritus.

En su ensayo *La fe*, como en *La ideocracia*, critica el intelectualismo, en esta ocasión por habernos «traído eso de que la fe es creer lo que no vimos» y que es mera adhesión del intelecto a un principio abstracto y lógico. Para Unamuno la fe consiste en buscar lo imposible, lo absoluto, lo infinito y lo eterno, con todo ahínco y con todo corazón. Como Pascal defiende la espera, pues la esperanza ya es fe en el ideal.

Sabatier había leído a Pascal en su juventud y en él creyó encontrar una lucha entre la razón y la fe, la conciencia y la ciencia, entre el deseo imperioso de saber y la invencible necesidad de creer y de esperar, sin resignarse a vivir indiferente, ni resolverse a recurrir a soluciones exclusivistas y violentas. (Nota de Nelson Orringer... *Del sentimiento trágico de la vida. Tratado del amor de Dios...*, nota 40, pp. 111-112). A propósito de Unamuno y los protestantes liberales véase el estudio monográfico de ORRINGER, Nelson R. Gredos, Madrid, 1985.

21. En el *Diario íntimo* alude al conocimiento de los primeros principios a través del corazón, tema claramente pascaliano. Sobre el conocimiento, intuito y sentido de estos primeros principios, se apoyan los avances de la razón. Editorial Escelicer, Cuaderno 3, p. 254.

22. Véase la carta de Miguel de Unamuno de 2 de mayo de 1933 al Dr. José Castillejo, *Epistolario inédito*, II, edición de Laureano Robles, Colección Austral, Madrid, 1991, p. 303.

23. El ensayo se encabeza con el dicho de San Agustín: «*In interiore homine habitat veritas*».

24. Cfr. Carta de Unamuno a Luis de Zulueta de 28 de mayo de 1906, en *Cartas (1903-1933)*. Miguel de Unamuno, Luis de Zulueta, Aguilar, Madrid, 1972, p. 156.

A lo largo de esos años, se sentirá especialmente atraído por los relatos de crisis religiosas²⁵ y la búsqueda de fe irá tomando un carácter concreto. También Kierkegaard a quien comienza a leer en 1900, será visto por Unamuno como hombre de «la casta de Pascal», de «fortísima vida interior»²⁶. Comprueba que no hay lugar para las hondas preocupaciones que «atormentaban a Pascal»²⁷, para la «difusión del ideal», pues el sentimiento religioso, motor de la vida íntima social, está ahogado y la ciencia se está convirtiendo en una religión.

Con los años, don Miguel, también será consciente de los cambios experimentados desde la crisis del 97 y a ello alude en una carta a su amigo Leopoldo Gutiérrez Abascal:

Mis congojas de hace o cinco o seis años me han dado fruto, mataron lo que de esteticismo en mí había, despertaron mi sentido apostólico y después de haber intentado buscar a Dios, intelectualmente primero, devocionalmente (en el sentido vulgar) luego, le busco hoy activamente, obrando...²⁸.

Entiende que obrar religiosamente es actuar en vista de un supremo ideal, sin atender a oportunidades, ¿hay aquí un remedo de la apuesta pascaliana que finalmente incita a obrar, actuar éticamente, como si se creyera, en la espera de la auténtica fe que salva?

Durante aquellos años, Unamuno trata de restablecer en su conciencia al Dios personal y evangélico, que surge de las ruinas del Ente realísimo de la Escolástica, al padre de Cristo. Declara que no hay para los pueblos modernos salud fuera del cristianismo²⁹. Los *Pensamientos* de Pascal, tal como son interpretados por Unamuno, parecen responder a estas mismas expectativas y ve en él a alguien, que como él mismo, «busca gimiendo», convencido de que la ciencia no consuela en tiempos

25. Carta a Bernardo G. de Candamo: «Todos los relatos de crisis religiosas me interesan grandemente y cada día que pasa me dedico más a estudios religiosos, y todo lo que a religión se refiere me atrae. Y luego... yo a mi manía. ¿Leyó ya la *Esquisse d'une Philosophie de la Religion* de Augusto Sabatier? Hay que dejarse vivir y obrar, y llegar a la fe obrando» (Carta de fines de 1901 y otra de 13 de diciembre de 1911, cfr. Prólogo de M. García Blanco, *Obras Completas*, VII, Escelicer, p. 9).

26. En una carta a Luis de Zulueta de 29 de mayo de 1904, confiesa: «Yo trabajo más que nunca, pero ahora leo más que escribo. Leo estudios religiosos (en alemán e inglés), y leo sobre todo al estudiando Kierkegaard... Hombre extraordinario... De la casta de *Pascal*, Amiel, Senancour, etc... hombre de fortísima vida interior» (*Cartas 1903-1933*, Miguel de Unamuno y Luis de Zulueta, pp. 73-74). Unamuno intuye el parentesco de los dos pensadores: al «abismo» de Pascal, corresponde el «salto» kierkegaardiano, y a la apuesta el riesgo de la fe (cfr. ARANGUREN, J. L. Catolicismo y protestantismo como formas de existencia. *Revista de Occidente*, Madrid, 1963, p. 178).

27. Carta a Rufino Blanco-Fomboma de 2 de abril de 1901. *Epistolario Americano*, Edición de Laureano Robles, Universidad de Salamanca, 1996, p. 114.

28. Epistolario de Unamuno-Hermanos Gutiérrez Abascal, *Cartas íntimas*, Carta a Leopoldo Gutiérrez Abascal de 19 de diciembre de 1901, p. 120. *Nicodemo el Fariseo* representaría esa búsqueda devocional de Dios, después de la crisis.

29. Carta de Miguel de Unamuno a Pedro Jiménez de Ilundáin de 13 de mayo de 1902. *Epistolario Americano*, p. 115.

de aflicción, escindido entre su corazón y su cabeza, sus dudas racionales y sus deseos cordiales de creer, equidistante tanto de un ateísmo satisfecho como de un catolicismo autocomplaciente. No se preocupa por distinguir los fragmentos en los que Pascal expresa el sentir de su interlocutor, más que su propio pensamiento.

En 1902, el nombre de Pascal aparece en *Amor y pedagogía*, precisamente a propósito del tema del hábito, una segunda naturaleza, y la consideración de la naturaleza como un primer hábito. El autor de los *Pensamientos*, es evocado en su crítica a los excesos de una educación impregnada por un ideal lógico-racionalista. Este será otro de los temas pascalianos recurrente en Unamuno: el peso de la costumbre, la importancia del obrar conforme al querer para otorgar realidad al ideal. Durante los años 1904 y 1905, las inquietudes y lecturas espirituales de Unamuno se plasmarán, entre otros escritos, en «Religión y patria», «Intelectualidad y espiritualidad», «¡Plenitud de plenitudes y todo plenitud!», «Los naturales y los espirituales». Todo ello antecede a los materiales que comienza a preparar con vistas a la redacción de un *Tratado del Amor de Dios*. Ahí comprobaremos la presencia de Pascal que se desarrollará asimismo en el *Del sentimiento trágico de la vida*.

1905-1911. *TRATADO DEL AMOR DE DIOS Y DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA*

Como es sabido, en 1905, después de terminar su *Vida de Don Quijote y Sancho*, Unamuno comenzó a trabajar en el *Tratado del amor de Dios*, que arrancaba de la inanidad lógica de las supuestas pruebas de la existencia de Dios y buscaba solución por otro camino³⁰. Se proponía ahondar en el amor de Dios, en el anhelo o sed de Dios que habita el corazón humano. Cada día se sentía «más teísta»³¹ y conforme ampliaba sus lecturas, completaba sus notas con destino al proyecto.

Vivía su dedicación al *Tratado del amor de Dios* como un «refugio» y anticipaba la reacción «intolerante» de los intelectualistas que no soportaban que se hablara del otro mundo³². La correspondencia con sus amigos de esos años, refleja la profundidad de las vivencias que vuelca en esta obra. El 27 de mayo de 1906, cuando Luis de Zulueta, le insta a que «metido... en el Amor de Dios, no se desinterese por las cosas serias que los hombres –y Dios en ellos– están haciendo», Unamuno le contesta: «... yo que en fondo soy un solitario, me siento muy solidario, con

30. Carta a Enrique Herrero Ducloux de enero de 1906, *Epistolario americano*, 1996, p. 237.

31. Carta a Pedro Jiménez Ilundáin de diciembre de 1905, *Epistolario americano*, p. 231.

32. Carta a Federico de Onís, 15-II-1906: «A ratos me refugio en mi Tratado del amor a Dios, recreándome ante la hostilidad con que habrá de recibirlo la intolerancia intelectualista, que se pone frenética cuando se le habla de otro mundo. El manifestar el simple anhelo de la eternidad y de la conciencia individual les pone fuera de sí... Y ni siquiera comprenden la íntima tragedia de Nietzsche, desesperado por no poder creer y arremetiendo a Cristo por no lograr hacerse al consuelo cristiano. Mayor enamorado de Cristo no lo ha habido... Ni comprenden que es más noble vivir así, desesperado, luchando con la Esfinge, que no ponerse en las estúpidas filas de Epicuro, capitán de las almas vacías» (*Epistolario inédito*, vol. I, p. 16).

todos los demás. Sólo que no creo en más solidaridad o soldamiento eficaz que en aquel que surge de un rebasamiento de vida de los elementos que se sueldan. Sólo es eficaz la unión de aquel que busca a otro para darle de lo que le sobra, no la de aquel que le busca para pedirle lo que le falta...»³³. La claridad de Unamuno es meridiana. Su refugio, desde luego no es clausura, pues no se aísla ni evita el compromiso. Como indicaba en su ensayo *¡Adentro!*, quiere profundizar para poder irradiar, pues la solidaridad surge por sobreabundancia de vida; en cambio la falta de solidaridad proviene de una individualidad poderosa, pero espiritualidad pobre. Don Miguel, constante en el cultivo de su interioridad, también reconoce cambios en su estado de ánimo: su tono sombrío, en ocasiones se acentúa hasta un punto que le da «miedo». Aún con todo, durante esos años seguirá leyendo preferentemente «cosas de religión y de historia religiosa»³⁴, avanzando en su *Tratado del amor de Dios*. Me detendré seguidamente en esta obra junto con el *Del sentimiento trágico de la vida* y el libro de Vinet sobre Pascal.

En la Casa-Museo Unamuno se conserva dos carpetas con manuscritos sobre el *Tratado del amor de Dios*. Una de ellas incluye numerosas notas utilizadas por Unamuno para redactar el *Tratado* (MCU 68/15); la segunda carpeta conserva el manuscrito original del *Tratado* y un escrito inédito titulado: *Mi confesión* que recoge algunas de las preocupaciones esenciales de Unamuno próximo a cumplir los cuarenta años (MCU 68/34).

En *Mi confesión* escrito próximo a 1904³⁵, consta de una breve introducción dirigida a la juventud hispana, y dos apartados titulados: «Eróstrato» y «Verdad y Vida». En el primero reflexiona sobre la búsqueda de la fama e interpreta este anhelo como un remedo del afán de perpetuarse. A este propósito aparecerán varios pasajes sobre la imposibilidad de concebirnos como no existiendo que se repetirán y desarrollarán en *Del sentimiento trágico de la vida*. Pascal es citado en tres ocasiones; las dos primeras para advertir, que, como él no comprende a quien no le preocupa este asunto, observación que se recoge tanto en *Tratado del amor de Dios* como en *Del sentimiento trágico de la vida*. En la tercera referencia, al aludir al célebre argumento de la apuesta de Pascal, encuentra su germen en el dicho de *El Fedón* de Platón: «hermoso es el riesgo de no morirsenos nunca el alma».

33. Carta de Miguel de Unamuno a Luis de Zulueta de 27 de mayo de 1906, *Cartas 1903-1933*. Miguel de Unamuno y Luis de Zulueta, p. 156.

34. Carta a Francisco Antón de 8 de enero de 1907. Cfr. prólogo de M. García Blanco, *Obras Completas*, VII, Escelicer, p. 16.

35. Dirige el escrito a la juventud hispana y en la introducción señala que está cercano a los cuarenta años. Después prosigue otro escrito inacabado titulado «Verdad y Vida», que también pensó titular «La Ciencia», de contenido diverso al ensayo editado posteriormente con el mismo nombre. Véase al respecto el interesante estudio de TANGANELLI, PAOLO. *Del erostratismo al amor de Dios: en torno al avantexto de del sentimiento trágico de la vida*. En Ana Chaguaceda (ed.), *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra*. II, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 175-194. El escrito «Mi confesión» será publicado próximamente por la editorial Sígueme (Salamanca), e incluirá mi estudio sobre el mismo.

A partir de aquí Unamuno se centrará en describir el deseo de pervivencia y a evocar a Dios como su garante.

En la carpeta de las notas al *Tratado*³⁶ (MCU68/15), de nuevo figura el nombre de Pascal en varias notas. Destaco una de ellas que lleva también por título «Eróstrato»³⁷, donde reivindica de nuevo el profundo deseo de inmortalidad personal, pero además la necesidad de consuelo. Frente a la fuerza de este deseo, califica de engaño al monismo y cita a Pascal junto con Amiel. El nombre de Vinet también aparece al apuntar el tema de la intuición religiosa³⁸.

En el texto del *Tratado sobre el amor de Dios*³⁹ varias reflexiones de Unamuno revelan su sintonía con Pascal, sin que ello reste originalidad a su pensamiento. A ellas me referiré seguidamente. En el primer capítulo plantea el interrogante: *¿A Dios por el amor o por el conocimiento?* y opta inequívocamente por la primera opción, pues como Pascal y como se ha indicado, piensa que la demostración racional de la existencia de Dios no es concluyente. Si Pascal concluía: «¡Qué gran distancia entre el conocimiento de Dios y el amarle!» (L. 377, B. 280), para Unamuno la razón o la lógica, conduce solo a la idea o concepto de Dios, una mera hipótesis, que, al no poder ser probada, puede llevar «al endurecimiento de la desesperación». Para Unamuno y Pascal el Dios de los filósofos, la idea o concepto humano de Dios, es distinta del Dios personal, del Dios de las Escrituras, el único que consuela y salva. Por su parte, Unamuno confiesa que, en su juventud, la vía filosófica le condujo al ateísmo. Entonces, hundiéndose en el abismo y el sentimiento del vacío, llegó al fondo mismo de la miseria y fue de ahí de donde surgió verdad y «consuelo»⁴⁰. El autor de los *Pensamientos* también sabía que la plena conciencia de la vanidad y de la miseria, la profunda experiencia de la inanidad de lo mundano y lo humano, despierta la sed de eternidad, el anhelo infinito de eternidad que solo Dios puede calmar. Es así como se inicia un camino de búsqueda y una actitud de escucha, y como del mismo sufrimiento, conciencia del dolor, se puede llegar a Dios, a un Dios personal, por la vía del amor.

36. Una de las notas que lleva por título «Introducción», precisa: «Tratado del amor y no del conocimiento; no de la existencia objetiva de Dios, sino de su existencia subjetiva. Y no Guía ni Práctica del amor, sino Tratado, esto es, disertación del valor subjetivo de Dios. Para amar hay que personalizar» (MC 68/15, n.º 134).

37. «No sirven las engañifas del monismo. Queremos la inmortalidad personal. A falta de esa fe la energía vital se pierde. El egoísmo es el principio de gravedad psíquico; centro de gravedad. Sólo los débiles desean desvanecerse. El nihilismo, budismo, anuncia la muerte de un pueblo». Schopenhauer, Nietzsche y la vuelta eterna. Gauthier. Verdad y Vida. Métase mi «La vida es sueño». *Pascal*. Amiel (MCU 68/15, n.º 158).

38. Notas al *Tratado del amor de Dios* (MCU 68/15, n.º 12).

39. UNAMUNO, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. Edición de Nelson Orringer, Tecnos, Madrid, 2005. El *Tratado* consta de nueve capítulos y permaneció inédito hasta esa fecha (MCU 68/34).

40. *Tratado del amor de Dios*, p. 526.

En el segundo capítulo del *Tratado*, don Miguel abordará el amor como compasión⁴¹, como experiencia de la común miseria, tema que planteará en el capítulo séptimo *Del sentimiento trágico de la vida*. El adentrarse en la propia inanidad, permite matar lo que se llama amor propio, entendido como una «especie de delectación sensual de sí mismo», que hoy llamaríamos egocentrismo narcisista. Pascal, como Agustín, también hablaba insistentemente de «odiar al propio yo, para amar a Dios, el ser universal». La experiencia de la propia limitación y de la miseria abre el camino para el amor a Dios, un Dios sensible al corazón, que permite descubrir a un tiempo «el amor de Dios a nosotros».

En el capítulo tercero del *Tratado*, dedicado a *La fe*, Unamuno, cita a Ritschl, y abunda en que la fe no es la adhesión del intelecto a un principio abstracto⁴²; es cosa de voluntad, de querer, de disponerse a creer. En primera instancia, es querer que Dios exista y en segundo lugar, implica «obrar conforme a tal deseo». Hasta aquí se puede comprobar que los pasos seguidos por Unamuno, coinciden con algunos de los esbozados en el proyecto apologético de Pascal: los *Pensamientos*⁴³. Primero avivan la inquietud y la conciencia del propio vacío e inanidad, lo que Pascal recoge en las series de fragmentos tituladas: «Miseria» y «Vanidad» (Sección I. Papeles Clasificados según la edición de Lafuma); asimismo destacan el *memento mori*, para después y desde ahí emprender la búsqueda de un Dios oculto y misterioso, presente y ausente al tiempo, con la esperanza de que se desvele. «No me buscarías, si no me hubieras encontrado de algún modo», apunta Pascal en uno de sus fragmentos. La experiencia del silencio de Dios en el corazón humano revela su misterio.

En el capítulo cuarto: *¿Qué es la verdad?*, Unamuno comienza por distinguir la verdad lógica u objetiva y la verdad moral o subjetiva. La ciencia, que persigue la verdad del conocimiento, es una escuela de resignación que enseña los propios límites y es, por ello, un pórtico de la religión. Como precisará en su artículo *¿Qué es verdad?* (1906)⁴⁴, para Unamuno verdad es aquello que se cree de todo corazón y con toda el alma, y creer algo de todo corazón y con toda el alma implica obrar conforme a ello. En este capítulo cuarto, don Miguel menciona expresamente a Pascal, frente a la frase de Spinoza: «el hombre libre⁴⁵ en nada piensa menos que en la

41. En las reflexiones de Unamuno sobre la compasión se reconoce la lectura de Schopenhauer como se anota en los márgenes del manuscrito original (MCU 68/34).

42. Para Pascal eso es deísmo, algo que considera tan alejado del cristianismo como el ateísmo. Para Unamuno, la fe es la esperanza de que Dios saldrá al encuentro de aquel «que le busca por amor y con amor».

43. Para ello hay que atender a la edición de los *Pensamientos* que sigue el orden de las copias del manuscrito, como la edición de Lafuma o de Le Guern, que reproduce en la Sección primera de los «Papeles clasificados» por Pascal en torno a 1658, cuando organizó sus notas con vistas a una Conferencia pronunciada en Port-Royal sobre su proyecto de una Apología de la religión cristiana.

44. Impreso en *La España Moderna*, 18, n.º 207, marzo de 1906, pp. 5-20. Cfr. en *Obras Completas*, III, Escelicer, pp. 854-864 y en la edición de N. Orringer *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 631-650.

45. Advierte que ese hombre libre es un hombre libre del «resorte de vida, muerto y falto de amor, esclavo de su libertad», pues para Unamuno el pensamiento de que me tengo que morir y de lo que habrá después es precisamente el «batir» de la conciencia». *Tratado del amor de Dios*, p. 567.

muerte». Como el autor de los *Pensamientos*, no comprende «al que asegura no dársele un ardite de este asunto» y considera que el que así siente es «un monstruo»⁴⁶ incomprendible. El mismo pasaje se repetirá en el tercer capítulo *Del sentimiento trágico de la vida*: «El hambre de inmortalidad», donde Unamuno se cuida por precisar con exactitud la referencia textual⁴⁷. Volviendo al *Tratado*, señala también en este punto la lucha entre la cabeza que nos enseña la muerte y el corazón que nos revela la vida y califica este problema como trágico: «cuanto más queremos huir de él más vamos a dar con él»⁴⁸.

En los capítulos siguientes del *Tratado*, en especial en el quinto: «El misterio de la mortalidad», y en el noveno, «Cristianismo», Unamuno recogerá la idea paulina del escándalo del cristianismo, que predica un Dios que sufre, compadece y ama. Como Pascal, Unamuno subraya que quien no conoce al Hijo no conoce al Padre, pues no tiene forma de saber que Dios vive y sufre⁴⁹. Destaca la profunda originalidad del cristianismo⁵⁰ que cree en la inmortalidad personal de Cristo y por eso mismo en la inmortalidad personal de cada hombre.

El mismo tema aparecerá en el capítulo cuarto *Del sentimiento trágico de la vida*: «La esencia del catolicismo», donde cita expresamente a Pascal y asocia su nombre al de San Agustín⁵¹ y su *credo ut intelligam*; y al de Tertuliano y su *credo quia absurdum*, escándalo de racionalistas. Interpreta el final del argumento de la apuesta de Pascal y su frase: *il faut s'abêtir*, como una claudicación de la razón. Piensa Unamuno que a Pascal la razón le llevaba a «un abismo terrible» ante el que

46. Recoge expresamente la frase completa de Pascal en la que confiesa su irritación, asombro y espanto ante la indiferencia y abandono en un asunto en que se trata de uno mismo y de la eternidad (L. 427, B. 194). Al final de este capítulo, Unamuno volverá a abundar en esta idea: «No comprendo a los hombres que me dicen que nunca les preocupó el allende a la muerte ni el anonadamiento propio les inquieta; paréceme que padecen de estupidez espiritual...». *Tratado del amor de Dios*, p. 576. La cita del fragmento es literal, por tanto Unamuno tiene entonces a mano una edición de los *Pensamientos* de Pascal.

47. «Como Pascal, no comprendo al que asegura no dársele un ardite de este asunto, y ese abandono en cosa “en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me irrita más que me entenece, me asombra y me espanta”, y el que así siente “es para mí”, como para Pascal, cuyas son las palabras señaladas “un monstruo”». *Del sentimiento trágico de la vida y de los pueblos*, p. 147. La cita corresponde al fragmento 194 según la edición de Brunschvicg. En ediciones anteriores de los *Pensamientos* este era uno de los primeros fragmentos que iniciaba la obra.

48. Cfr. p. 571 del *Tratado del amor de Dios*.

49. *Tratado del amor de Dios*, p. 588.

50. «Hacer de Dios un hombre, el Hombre que sufre pasión y muerte. Tal es la locura y el escándalo de la cruz (I Cor. I, 23)». *Tratado del amor de Dios*, p. 576.

51. «Necesitamos seguridad, certeza, señales, y se va a los *motiva credibilitatis*, a los motivos de la credibilidad, para fundar el *rationale obsequium*, y aunque la fe precede a la razón, *fides praecedat rationem*, según San Agustín, este mismo doctor obispo quería ir por la fe a la inteligencia, *per fidem ad intellectum*, y creer para entender, *credo ut intelligam*. Cúan lejos de aquella soberbia expresión de Tertuliano: *et sepultus resurrexit, certum est quia impossibile est!* “y sepultado resucitó; es cierto porque es imposible” y su excelso *credo quia absurdum!* Escándalo de racionalistas. ¡Cuán lejos del *il faut s'abêtir*, de Pascal, y de aquel “la razón humana ama el absurdo...”» (*Del sentimiento trágico de la vida*, p. 197).

temblaba⁵². A su juicio, el jansenismo, adaptación católica del protestantismo, llevaba en el fondo ese mismo sello: un sedimento de desesperación religiosa, un suicidio de la razón⁵³. La frase recuerda a la crítica de Nietzsche a Pascal por tratar de llevar a los hombres a la desesperación (*Aurora*, 64) y que Unamuno parece en este punto hacer suya y extrema las críticas de Pascal a la razón, orientadas en realidad a mostrar que la fe es superracional.

Con los años, el *Tratado del amor de Dios* de don Miguel irá evolucionando. Sus lecturas se ampliarán y su estado de ánimo también irá cambiando. En 1908, Unamuno confiesa a Ortega y Gasset que «está rehaciendo»⁵⁴ el *Tratado*. En 1909 aún sigue refiriéndose a ese título, pero precisa que ha realizado tales cambios que nadie reconocería la obra inicial. El ensayo *Verdad y vida*, de febrero de 1908, representa una continuación del que había titulado *Mi religión* (1907), donde había escrito: «sí creo en Dios, o por lo menos creo creer en él, es, ante todo, porque quiero que Dios exista», cosa que, a juicio de Melchor Fernández Almagro, aseveraba la doctrina pascaliana⁵⁵.

En 1910, fecha próxima ya a la publicación de los primeros capítulos *Del sentimiento trágico de la vida*, en su correspondencia Unamuno se define como un «sentidor» que se refugia en los suyos. Entre ellos, destaca sobre todo a Pascal: «... Pobre Pascal! Y este Pascal, que no quiso rendirse a la razón, fue géometra»⁵⁶.

52. Pascal sufrió un accidente en un carruaje que quedó suspendido en el puente de Neully. Dicha experiencia le afectó de tal modo que a partir de entonces temía que se abriera un abismo a sus pies.

53. «¿Y qué sino la incertidumbre, la duda, la voz de la razón, era el abismo, el *gouffre* terrible ante que temblaba Pascal? Y ello fue lo que le llevó a formular su terrible sentencia: *il faut s'abêtir*, ¡Hay que entontecerse!». *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 197.

«... Todo el jansenismo, adaptación católica del calvinismo, lleva ese mismo sello. Aquel *Port-Royal* que se debía a un vasco, el abate de Saint-Cyran, vasco como Iñigo de Loyola, y como el que estas líneas traza, lleva siempre en su fondo un sedimento de desesperación religiosa, de suicidio de la razón...» (*Del sentimiento trágico de la vida*, p. 259).

54. Carta a Ortega y Gasset de 14 de mayo de 1908. Cfr. Prólogo de M. García Blanco, *Obras Completas*, VII, Escelicer, p. 17.

55. Cfr. GARCÍA BLANCO, Manuel. *En torno a Unamuno*. Taurus, 1965, p. 347, nota 6.

56. Carta a Luis de Zulueta de 1910. «... No sólo he pensado y sigo pensando lo que digo, sino que lo siento y esto es más...». Unamuno reflexiona ahí también sobre el fondo trágico que hay debajo de esa loca aspiración a la fama... «Le decía a usted una vez nuestro buen Don Paco que la fama es cosa basta que no puede satisfacer a los espíritus finos... ¿Y a quien satisface? Si supiera don Paco... todo el trágico fondo que hay debajo de esa loca aspiración a la fama?... Eso del ansia de la fama no es sino un sustitutivo, un caso más de desesperación... ¿Y todo para qué? ... lo que no es eterno no es nada. Pero eterno concreto, ¿eh? No salgamos con metafísicas... Hay que sufrir... Y a todo esto se empeñan en hacerme un sabio. ¿Un sabio! ¡Un sabio yo! Yo, que nunca he sido más que un pobre soñador, es decir, un pobre sentidor atormentado, un hambriento de espíritu. Es para volverse loco, créame. Y a las veces dudo. Y me refugio en los míos: en Senancour, en Thompson, en Leopardi, en Quental, en Crowper, en los místicos, en Pascal sobre todo, ¡Pobre Pascal! Y este Pascal, que no quiso rendirse a la razón, fue géometra. También lo fue aquel cuco de Descartes, nada más que inteligencia, antipático si los hay. Créame: hay veces en que me asalta un terrible presentimiento. Y me desahogo haciendo versos. No quiero ya hacer otra cosa. (Mis conferencias no son ya sino pura poesía). Ese horrible presentimiento me dictó este soneto a Nietzsche...». Miguel de Unamuno y Luis de Zulueta, *Cartas 1903-1933*, p. 235.

En *Del sentimiento trágico de la vida* se acentuará el conflicto entre el sentimiento entre la razón y la lucha dolorosa cobrará protagonismo frente al enfoque inicial del *Tratado del amor de Dios*. En una de las notas inéditas para su *Tratado* ya apuntaba: «Si venciera la cabeza me haría un desgraciado, un bruto o un desesperado, un racionalista que es peor, si venciera el corazón me haría un loco, o un necio, un creyente tonto»⁵⁷. Escindido entre su razón que le hace desdichado y sus deseos que le hacen necio, sin poder aceptar las demostraciones racionales de la existencia de Dios, ni refugiarse en la «fe del carbonero» o en la fe de la infancia evocada en *Nicodemo el fariseo*, escoge mantener la tensión y la lucha trágica. El nombre de Sísifo, que aparece también en otra de sus notas para el *Tratado*⁵⁸, evoca la heroicidad de tal esfuerzo. Sísifo condenado por los dioses a subir una enorme roca por la cima de una montaña, que una y otra vez vuelve a caer, representa la búsqueda incansable de la fe. Pero Unamuno no se sentirá solo al afrontar esta tarea heroica y desesperada: dialoga con aquéllos que le han precedido, sus hermanos espirituales, sus almas gemelas.

Como es sabido, la lista de los hombres afines a Unamuno incluida al final del primer capítulo *Del sentimiento trágico de la vida*, es amplia y variada: Marco Aurelio, San Agustín, Pascal, Rousseau, René, Obermann, Thomson, Leopardi, Vigny, Lenau, Kleist, Amiel, Quental y Kierkegaard. Son ejemplos de hombres de carne y hueso que tienen el sentimiento trágico de la vida y están cargados más de sabiduría que de ciencia⁵⁹. No se preocupa por distinguir a los filósofos (Marco Aurelio, San Agustín, Pascal, Rousseau y Kierkegaard) de los escritores o poetas (James Thomson, Leopardi, Vigny, Lenau, Kleist, Quental), incluso de los personajes literarios (René⁶⁰, *Obermann*). Todos ellos se preocuparon por buscar el sentido y la finalidad de las cosas, la verdad más que la razón, y es que el propio Unamuno se consideraba más un filósofo-poeta que un filósofo profesional o académico, cosa que parece compartir, entre otras muchas, con los pensadores citados.

En el capítulo décimo Pascal aparecerá de nuevo como uno de los más trágicos sentidores franceses⁶¹, al lado de Rousseau y Senancour, y en el prólogo a la traducción francesa *Del sentimiento trágico de la vida*, como representante del auténtico pueblo francés⁶², de la Francia apasionada y cristiana, universal y eterna.

57. MCU 68/15, n.º 12.

58. MCU 68/15, n.º 14.

59. *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 116-117. Muchos de los autores citados se caracterizan además por un cierto tono melancólico incluso pesimista.

60. René es el protagonista de la novela autobiográfica de René de Chateaubriand.

61. «Hace ya más de un siglo, en 1804, el más hondo y más intenso de los hijos espirituales del gran patriarca Rousseau, el más trágico de los sentidores franceses, sin excluir a Pascal, Senancour... el hombre es perecedero...». (*Del sentimiento trágico de la vida*, p. 433).

62. «La presente aparición de mi obra en lengua francesa me obliga a disculpar cierto pasaje que parecerá tal vez injusto hacia el pueblo francés. La razón es bien sencilla. Antes de la guerra no era conocido apenas el auténtico pueblo francés, el que la guerra nos ha revelado. La Francia universal y

El estudio de A. Vinet sobre Pascal

En su interés por Pascal, Unamuno no solo leerá y releerá a Pascal, sino que también se adentrará en algunos de los estudios sobre Pascal más significativos del momento; en especial el libro de Alexandre Vinet (1797-1847)⁶³, teólogo protestante y crítico literario suizo, que incluía varios artículos y conferencias sobre Pascal agrupados en un solo volumen. El libro incluía además, como Apéndice final, un estudio de V. Cousin⁶⁴, autor que difundió una lectura romántica de Pascal. El interés de Unamuno por este libro de Vinet puede fijarse en torno a 1903, pues una carta de ese año a Luis de Zulueta de 30 de septiembre, en la que confiesa procurar ejercer la quinta obra de misericordia: «despertar al dormido», le pregunta si conoce el último libro de Vinet sobre Pascal. También insiste ahí que la religión es la envolvente de los ideales todos; su fondo y que nos es imposible vivir fuera de la gran corriente cristiana⁶⁵. De nuevo Unamuno, se reconoce en Pascal y ahora también en el Pascal de Vinet que citará en varias ocasiones en *Del sentimiento trágico de la vida* y en las notas del *Tratado sobre el amor de Dios*.

Los comentarios y anotaciones que Unamuno realizó de su lectura del libro de Vinet⁶⁶, se conservan en la Casa-Museo Unamuno. La lectura de esta obra es sin

eterna, la de los católicos, los hugonotes, los *jansenistas* y de los jacobinos –Bossuet, Calvino, *Pascal*, Danton, etc., e incluso Rousseau y J. de Maistre, franceses ambos, aunque respectivamente de Ginebra el uno y saboyano el otro–, la Francia apasionada y cristiana, la Francia de los franceses, estaba oscurecida por otra Francia, la cosmopolita, la de la moda –el cosmopolitismo se opone a la universalidad y la moda a la eternidad–, la de los fríos escépticos, la de los ironistas profesionales, la de aquellos cuya preocupación dominante era la de *n'être pas dupes*; como si esto no fuera Francia». Prólogo de la traducción francesa al *Del sentimiento trágico de la vida*, cfr. GARCÍA BLANCO. *En torno a Unamuno*, pp. 613-614.

63. Vinet logró cierta fama por su oposición en la fundación de la Iglesia Libre, constituida en el Canton de Vaud en 1847. Cfr. ORRINGER, N. *Unamuno y los protestantes liberales (1912)*. Gredos, Madrid, 1985, pp. 42-45.

64. En 1842, Victor Cousin, en su célebre «Rapport a l'Académie française» dio a conocer al público el manuscrito original de los *Pensamientos* de Pascal y realizó una crítica radical a las ediciones anteriores, especialmente a la edición de Port-Royal (1670) y de Bossuet (1779). El manuscrito original no guardaba la ordenación original de los fragmentos, pues para facilitar su conservación se los había recordado y nuevamente agrupado. También mencionó la existencia de dos copias antiguas de los *Pensamientos*, conservadas en la Biblioteca Nacional de París que reproducían la clasificación original. En 1844, Faugère, aprovechando las observaciones de Cousin, facilitó la primera edición completa de los *Pensamientos*. Sin embargo, estos dos eruditos que conocían las dos copias habían limitado su uso, primero a facilitar la lectura de los originales difíciles de descifrar; segundo a ofrecer el texto completo de los fragmentos cuyos originales no se conservaban. Hasta entonces, los distintos editores se esforzaban por reagrupar los fragmentos por temas, tratando de transformar una obra inacabada en una obra acabada.

65. Miguel de Unamuno, Luis de Zulueta, *Cartas 1903-1933*, Aguilar, Madrid, 1972, pp. 29-30.

66. Las anotaciones de Unamuno sobre el libro de A. Vinet (CMU 85/50) son las siguientes: «La persistencia del ser 30. Crítica...», pero contundente del catolicismo 80-107-216. No ver sino lo que se quiere ver 94. Necesidad de la dicha; la dicha forma parte de la verdad (Verdad y consuelo) 104. Contra la ideocracia 112. Intuición religiosa, sin necesidad de pruebas 211. Todos somos sectarios etc. 220.

duda anterior a la redacción *Del sentimiento trágico*, pues ahí se recogerán algunas de las anotaciones que se exponen también seguidamente.

De entrada, a Vinet, como a Unamuno, que interpreta a Pascal como un filósofo moral, le atraen los *Pensamientos* por múltiples motivos. Primero por la personalidad de Pascal, pues es un hombre que, como él, atiende con pasión a los máximos intereses y problemas: los religiosos⁶⁷. Segundo, porque en su obra se descubre a la persona de «carne y hueso», que siente lo que dice y dice lo que piensa, por ser un «sentidor» de los problemas esenciales como dirá de sí mismo Unamuno. Pero además, a juicio de Vinet, uno de los rasgos que hacen eminente al personaje de Pascal es su profunda individualidad, su gran independencia y actividad interior, cualidades de las que también hace gala Unamuno, que odia las clasificaciones y etiquetas de todo tipo.

Cuando don Miguel apunta en su resumen sobre Vinet el título: «Contra la ideocracia»⁶⁸, comparte uno de los objetivos de Pascal como escritor: provocar la reacción de su lector y tomar conciencia de las ideas y opiniones que adoptamos porque nos vienen dadas. Como Vinet, para Unamuno el pensamiento del individuo no se forma ni fuera de la sociedad ni sin ella; pero es el individuo y no la sociedad quien piensa, cree y ama. Por este motivo, las ideas deben ser de nuestra propiedad más que nosotros de la suya.

Entrando en la lectura de Vinet sobre Pascal, en la página anotada por Unamuno con el título: «La persistencia del ser»⁶⁹, Vinet indicaba que Pascal experimentaba la angustia como un desgarramiento del propio ser. Su angustia no se produce por una mera curiosidad intelectual frustrada, sino que es la respuesta a la gravedad de las cuestiones planteadas, pues la persistencia del propio ser es tanto el objeto de los más ardientes deseos, como de los temores más vivos. Para Vinet también resulta incomprensible que el ser humano pueda vivir de espaldas a un problema de tal envergadura. Piensa, como también Unamuno, que es el propio Pascal quien se expresa en el conocido fragmento: «La inmortalidad del alma es una cosa que nos afecta tanto, que nos toca tan profundamente, que es preciso haber perdido todo sentimiento para ser indiferente a lo que ocurrirá...». Ese mismo pasaje que se situaba al comienzo de la mayor parte de las ediciones de entonces de los *Pensamientos*, como se ha señalado, será evocado en el *Tratado del amor de Dios*, y en *Del sentimiento trágico de la vida*.

Vinet también destacaba un tema querido por Unamuno: las necesidades que mueven a la naturaleza humana. Entre ellas, la necesidad de felicidad es la más

Que es creer en Dios y no en la palabra Dios tan solo 243. La religión natural es estéril 249. Hay que buscar no las garantías de la liber. sino la lib. 265 a 266 (toda la pag. 266 admirable). Contra la lógica 340 y 341- *Sans le désir de voir on ne voit point* etc. 363. El verdadero infierno 379- (U/242). VINET, A. *Etudes sur Blaise Pascal*. Librairie Fischbacher, Paris, 4 ed., 1904.

67. P. 349 del libro de VINET.

68. P. 112 del libro de VINET.

69. P. 30 del libro de VINET.

universalmente sentida y la más constantemente experimentada: es una necesidad tanto sensitiva como espiritual. Por este motivo, Vinet defiende que la felicidad forma parte de la verdad y Unamuno anota a este propósito uno de sus más constantes pensamientos: «verdad y consuelo»⁷⁰. Un propósito similar parece tener la anotación posterior de Unamuno: «sin el deseo de ver, no se ve nada, etc.»⁷¹, frase textualmente recogida en el esquema⁷² *Del sentimiento trágico de la vida* (CMU 75/62). Las mismas observaciones se recogerán en la versión definitiva *Del sentimiento trágico de la vida* (capítulos cinco⁷³ y seis⁷⁴). Don Miguel destaca ahí que no se conoce nada que no se haya antes querido y que el conocimiento mismo del espíritu necesita del corazón: creo porque es cosa que me consuela⁷⁵.

A la hora de interpretar el cristianismo de Pascal, Unamuno recoge las críticas al catolicismo⁷⁶ destacadas por Vinet y las califica de «contundentes». Si para algunos son signo de racionalismo y para otros de misticismo, para Vinet suponen el simple regreso al Evangelio. Subraya que Pascal aportó la doctrina de los dos contrarios, esto es, que la vida es la combinación de dos elementos opuestos e incluso contradictorios, miseria y grandeza a un tiempo, y que fuera de esta combinación, la vida o la verdad sustancial se nos escapa por completo⁷⁷. Mantiene que

70. P. 104 del libro de VINET.

71. Escrito en francés por Unamuno: «*Sans le desir de voir, on ne voit point*». P. 94 del libro de VINET (CMU, 85/50).

72. Este esquema o guion de los capítulos *Del sentimiento trágico de la vida* (CMU 75/62) contiene diez capítulos que se relacionan seguidamente. I. Punto de partida. II. Anhelos de inmortalidad. III. Solución positiva o católica. IV. Solución negativa o racionalista. V. El dilema o conflicto. VI. El amor doloroso. VII. El Dios vivo. VIII. La fe. IX. Consecuencias.

Unamuno cita a Vinet en tres de estos capítulos (IV, V, VII), lo que muestra el peso de este autor en el conjunto de la obra. En el capítulo IV: «Solución negativa o racionalista», después de indicar que la razón destruye la realidad y la vida y no nos proporciona consuelo, Unamuno precisará que «la dicha forma parte de la verdad», mencionando a continuación a Vinet (104). En el capítulo V: «El dilema o conflicto», tras anotar «la lucha», completa: Contra la lógica. Vinet (p. 340-341) y, una vez más, «la dicha forma parte de la verdad» (104). Por último, menciona el nombre de Vinet en el capítulo VII: «El Dios vivo», al aludir al infierno (p. 379 del libro de Vinet que también había recogido al hablar de la dicha).

73. «A. Vinet en su libro *Etudes sur Blaise Pascal* dice: «De las dos necesidades que trabajan sin cesar a la naturaleza humana, la de la felicidad no es sólo la más universalmente sentida y más constantemente experimentada, sino que es también la más imperiosa. Y esta necesidad no es sólo sensitiva: es intelectual. No sólo para el alma, sino también para el espíritu, es una necesidad la dicha. La dicha forma parte de la verdad... Mejor sería decir que la verdad forma parte de la dicha en un sentido tertuliano, de credo *quia absurdum*, que en rigor quiere decir: *credo quia consolans*, creo porque es cosa que me consuela» (*Del sentimiento trágico de la vida*, capítulo V: «Disolución racional», pp. 224-225).

74. «... No se conoce nada que no se haya antes querido. «El conocimiento mismo del espíritu como tal —escribe Vinet en su estudio sobre el libro de Cousin acerca de los *Pensamientos* de Pascal—, necesita del corazón. Sin el deseo de ver, no se ve; en una gran materialización de la vida y del pensamiento, no se cree en las cosas del espíritu». Ya veremos que creer es en primera instancia querer creer» (cap. VI. *En el fondo del abismo*, p. 249).

75. *Del sentimiento trágico*, cap. V, p. 225.

76. P. 107 y 215 del libro de VINET.

su pensamiento central y clave de su apología: la doctrina del conocimiento y la comprensión de las verdades divinas por medio del corazón, procede del propio Evangelio. Unamuno apunta a este propósito: «intuición religiosa, sin necesidad de pruebas»⁷⁸.

Para Vinet, Pascal nació en la fe cristiana en un medio que se llama catolicismo jansenista, y esta tradición le imprimió una determinada forma. Nació en la secta romana, pero murió en una secta de esta secta: el jansenismo. Vinet concluye que todos somos de alguna forma sectarios, frase que Unamuno subraya, sin embargo lo importante es dominar espiritualmente la secta de la que se forma parte y primar el fondo sobre la forma.

Destaca Vinet la importancia que Pascal concedió al examen de las consecuencias de creer o no creer en Dios. Se pregunta: creer en Dios y no creer en la soberanía y justicia de Dios, ¿es acaso creer en Dios? Creer en Dios, sin derivar consecuencia práctica alguna, puede que sea creer en Dios, pero no es «ser en Dios» (p. 243). A este propósito afirma que la creencia firme y real en Dios es mucho menos común de lo que se piensa. Pascal, como después Kierkegaard, también denunció que había muy pocos cristianos auténticos que cumplan el ideal moral del cristianismo. Unamuno anota: «que es creer en Dios y no en la palabra Dios tan sólo», que se completa con la afirmación: «los planteamientos de la religión natural son estériles»⁷⁹.

Vinet se ocupa también de Port-Royal y analiza el papel que ejerció en su momento. Destaca su defensa de la libertad de conciencia, el espíritu de examen, su amor a la justicia y a la verdad, destacando un hecho: en el siglo XVII, la lucha por la libertad se ejercía en el terreno de la religión y de la literatura, puesto que difícilmente se podía ejercer en otros terrenos, como el político. Los jansenistas no perseguían la garantía de la libertad como nosotros, pero también perseguían la libertad. Unamuno califica las páginas que Vinet dedica a este tema de «admirables»⁸⁰.

Las últimas anotaciones de Unamuno se refieren al apéndice de Victor Cousin sobre los *Pensamientos* de Pascal. Estima que el tema central de esta obra es el conocimiento de Dios por medio del corazón. Destaca su postura sobre la lógica, una abstracción que es capaz de quebrarlo todo. Piensa Cousin que el ser humano tiende tanto hacia el escepticismo, que hace abstracción de la intuición, como hacia el fatalismo, que hace abstracción de la libertad. Frente a ciertos intérpretes que califican a Pascal de escéptico, estima que Pascal nunca se confesó pirroniano y

77. P. 211 del libro de VINET.

78. Vinet prosigue: la verdad se demuestra mostrándose y el corazón es el espejo de la verdad, espejo que solo refleja la luz si «una mano divina la ha vuelto cerca del sol, el corazón tiene necesidad de ser inclinado» (211-212). Alude por tanto a la iluminación del corazón por el Espíritu Santo, aspecto que Unamuno no recoge.

79. P. 249 del libro de VINET. Sobre ese punto, Vinet había considerado que la desesperación no lleva a ser cristiano, pero la desesperación puede abrir las vías hacia la verdad. El deseo no es un argumento, pero no hay mal en que Dios haya dado a la verdad la figura del deseo.

80. «Hay que buscar no las garantías de la liber. sino la lib. 265 a 266 (toda la pag. 266 admirable)».

negó que existiera en realidad un pirroniano perfecto, pues la naturaleza, la propia vida, sostiene a la razón impotente y le impide extraviarse hasta ese punto.

En resumen, las anotaciones de Unamuno sobre el libro de Vinet recogen algunos de los temas que recorrerán las páginas *Del sentimiento trágico de la vida*, donde Pascal, pero también el mismo Vinet, serán citados⁸¹. Ahí destacará la necesidad de consuelo y los límites de la razón establecidos por Pascal y Vinet. Verá un paralelo con la guerra entre la razón y los sentimientos, que él convertirá en el motor de su vida espiritual.

Pascal a partir de 1912

En los años que siguen a la publicación *Del sentimiento trágico de la vida*, el nombre de Pascal volverá a aparecer en numerosas ocasiones. Señalaré algunas de las que a mi juicio resultan más relevantes.

En 1913, en una carta a Palacio Valdés, expresa una vez más su hermandad con Pascal. Insiste, como él, que el ser humano es tan limitado que apenas puede resolver una mínima parte de los problemas que se ofrecen a su alma. Por eso mismo es preciso elegir los temas más urgentes, como hicieron Sócrates y Pascal, que atendieron a los problemas esenciales en el fondo por pragmatismo⁸².

En 1914, en el artículo Mr. *Homais o de Maistre*, al abordar la cuestión del orgullo, alude a un estudio que acaba de leer sobre su amigo Kierkegaard, estudio que califica de mal intencionado, pues ahí se mantiene que Pascal, el hombre que a su juicio más trabajó en matar su amor propio, no se vio libre del orgullo. Unamuno expresa su indignación por tal juicio de valor, pues a cada uno le salvará el ideal que de sí tenga cada uno⁸³, la misión que uno mismo se impone, sin negar a los demás para afirmarse.

81. Llama la atención y la profusión de autores y citas de *Del sentimiento trágico de la vida*, con respecto al *Tratado sobre el amor de Dios*. Si en el *Tratado sobre el amor de Dios*, Pascal es citado en tres ocasiones, en *Del sentimiento trágico de la vida*, se encuentran referencias a Pascal en seis de los once capítulos, (caps. 1, 3, 4, 5, 6 y 10) y a Vinet en varias ocasiones.

82. «... El hombre es un ser tan limitado que gracias si puede resolver una mínima parte de los problemas que se ofrecen a su alma. Por lo tanto, debe elegir los más urgentes. Me parece que Sócrates era de la misma opinión, porque era hombre no poco pragmatista. Pascal también lo era. Séalo usted también y sugiérense la tranquilidad de espíritu, porque de nada vale forcejear con la esfinge, que es de piedra. Ella no se hace nunca sangre y nosotros nos hacemos mucha...» (Carta de Unamuno a A. Palacio Valdés de 20 de mayo de 1913, citada por M. García-Blanco, *En torno a Unamuno*, pp. 300-301).

83. «¡Claro está! ¡Cómo que el orgullo y el amor propio son dos cosas muy distintas y a las veces hasta opuestas entre sí! ¡Cómo que el orgullo puede brotar, y brota, casi siempre, de odio a sí mismo! Los del amor propio son los que de uno o de otro modo se suicidan, aunque sea viviendo. Y no olvidemos, en todo caso, que si hay un final juicio particular para cada uno de nosotros no ha de juzgárennos tanto por lo que fuimos por cuanto por lo que quisimos ser. Es el ideal que de sí tenga cada uno con lo que le salvará o perderá. Y al orgullo le salvará la sinceridad de su orgullo». UNAMUNO, Miguel de. *Obras Completas*, IV, ¿Mr. Homais o de Maistre? *El Imparcial*, 16 de marzo de 1914, p. 1271.

En 1916, seguramente releyó a Pascal, pues con motivo de la visita de Bergson en la Universidad de Salamanca el 18 de mayo de 1916, anuncia a su amigo Jacques Chevalier que va a pronunciar una Conferencia sobre *l'ésprit de finesse*. Precisamente, este tema aparece en el escrito: *El deber y los deberes* de 1916⁸⁴, donde expresa una vez más su rechazo por las pasiones frías, heladas y confiesa que prefiere, sobre todo para tratar con ellos, a los hombres impuros, sentimentales, misericordiosos y no justos, con el «fino sentimiento de sus deberes», aunque no comprenda «el Deber mayúsculo». De esos hombres, piensa Unamuno que surge una filosofía más viva, aunque no quepa en conceptos lógicos.

Unamuno volverá a dialogar con Pascal, en la década de los veinte, con motivo de su composición de la «fe pascaliana». Su correspondencia con Jaques Chevalier es la fuente fundamental para seguir este proceso. En 1921, Unamuno comunica a su amigo J. Chevalier que aguarda su libro sobre Pascal, «releyendo» a Pascal⁸⁵ y un año más tarde, el 26 de diciembre de 1922, vuelve a escribir a Chevalier indicándole que ya ha leído su libro y ha tomado notas para *La Nación*. Alude también al envío de unas «Notas sobre Pascal» que remitirá a Xavier Leon y que no se conservan. En esa misma carta, Unamuno precisa el contenido de esas notas: una de ellas, desarrollada en su posterior artículo sobre «la fe pascaliana», es la influencia sobre Pascal de dos vascos, el abate Saint-Cyran e Iñigo de Loyola; otra nota abordaría la fragmentariedad de Pascal, tema que ya había aludido en distintas ocasiones⁸⁶ y que abordará más tarde; la tercera nota recoge la expresión de Pascal: *les yeux du coeur qui voient la sagesse*. Se pregunta «¿Por qué no los oídos del corazón que oyen la Palabra en la audición beatífica?»⁸⁷. Unamuno descubre la importancia de la actitud de escucha, la atención a la Palabra, aspecto que Pascal cuidaba en extremo. El tema «Los oídos del corazón» será abordado en un artículo de 19 de mayo de 1923. Ahí, a propósito del fragmento 792 de Pascal: «Jesucristo ha venido en gran pompa y en prodigiosa magnificencia a los ojos del corazón, que ven la sabiduría», Unamuno se interroga al respecto si la sabiduría, la sapiencia, la *sagesse*, ¿se ve o se oye?; el corazón, en su recogimiento íntimo, ¿ve u oye? ¿Por qué se

84. «Así como Pascal distinguió entre el espíritu geométrico –o sea matemático– y el espíritu de fineza –*l'ésprit de finesse*–, hay también el espíritu filosófico, o sea el de pureza...». *El deber y los deberes*, publicado en *Nuevo Mundo*, Madrid, 9 de junio, 1916, *Obras Completas*, vol. VII, Escelicer, p. 606.

85. Carta a Jacques Chevalier de 8 de diciembre de 1921. UNAMUNO, Miguel de. *Epistolario inédito*, II. Edición de Laureano Robles, Colección Austral, Madrid, 1991, p. 110.

86. El tema de la fragmentariedad de Pascal ya había sido aludida en otros escritos de Unamuno. Entre otros, en *Alrededor del estilo* y en su escrito: «Las ganas de escribir». «¿Qué encanto tiene un rosario de fragmentos! ¿Es que los *Pensamientos* de Pascal no forman una unidad mucho más perfecta y continua que muchedumbre de obras cuidadosamente arquitecturadas?». Publicado en *Los Lunes de «El Imparcial»*, Madrid, 26 de junio, 1911. *Obras Completas*, Vol. VII, Escelicer, Madrid, 1969, p. 473.

87. Cree Unamuno que en la «Carta a los hermanos de Portugal» de Iñigo de Loyola se encuentra la mejor versión del *il faut s'âbetir*. Reconoce en el Pascal que combatió la degeneración jesuítica el sople originario que creó la Compañía. Alude Unamuno también a otra nota sobre la fragmentariedad de Pascal y finalmente otra sobre *les yeux du coeur qui voient la sagesse...* y «otras glosas pascalianas». *Epistolario inédito* II, p. 126.

habla de la visión y no de la audición beatífica? Observa que cuando hablamos de apagar el pensamiento no es que le dejemos a oscuras, sino que lo acallamos: «si la cabeza descansa sin la luz de la razón, el corazón vela cuando oye la voz de la conciencia»⁸⁸.

En 1922, don Miguel escribirá en Salamanca su artículo sobre «La fe pascaliana» que Jacques Chevalier tradujo al francés en 1923 y que posteriormente fue incluido como el capítulo IX del libro *La agonía del cristianismo*, publicado en su época del destierro. Cita ahí el libro de Chestov sobre Pascal: *La nuit de Géthsemani, essai su la philosophie de Pascal*⁸⁹ y considera que la apuesta de Pascal es un argumento utilitario, probabilista, jesuítico e irracionalista, un intento de racionalizar la irracionalidad.

De nuevo en 1923, y con motivo de la celebración de dos centenarios: el de Pascal y el de Renan, Unamuno asociará sus nombres y destacará que están más emparentados de lo que inicialmente pudiera creerse: «Pascal, el del sollozo contenido que fue su vida, tomó por creencia las ganas de creer, y Renan, el de la sonrisa trágica, vivió de la añoranza de la fe de su niñez y mocedad»⁹⁰.

Al año siguiente en *Alrededor del Estilo*⁹¹, al hablar del estilo perfecto evoca precisamente el arte de escribir de los *Pensamientos*. Se alegra de que Pascal no llegara a terminar su apología y dejara sus fragmentos que han hecho eternos sus *Pensamientos*. Observa que si hubiera completado su proyecto de apología de la religión cristiana en vez de brasas tal vez tendríamos cenizas.

En 1925, en una carta a su amigo J. Chevalier de 20 de febrero de 1925, Unamuno acusa recepción de la edición de su amigo de los *Pensamientos* de Pascal⁹². Un

88. *Los oídos del corazón*, publicado en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 19 de mayo, 1923, *Obras Completas*, VII, Escelicer, p. 1482. Termina el artículo observando que: «el corazón escucha y es preferible oír la Palabra con las tinieblas que no ver “el Sol en el silencio”».

89. Capítulo V, «Abisag, la sunamita».

90. Unamuno piensa que Renan experimentaba que su vida estaba gobernada por una fe que no tenía. Renan añoraba la fe de su niñez y deseaba recuperarla. Lo que a su juicio separa a Renan de Pascal es que el primero fue una especie de sacerdote laico o pastor protestante liberal, mientras que el segundo fue soltero y laico, «siempre monje del siglo». *La fe de Renan (El Imparcial)*, Madrid, 11 de marzo de 1923). UNAMUNO, Miguel de. *Obras Completas*, IV, Escelicer, Madrid, 1968, p. 1037.

91. «Cuando oigáis decir de uno que su estilo no es perfecto, no es acabado, estad seguros de que no es estilo... Hay bocetos, bosquejos acabadísimos. Y tenemos que felicitarnos, acaso de que Pascal, no llegase a escribir la otra “Apologética” para la que recogió aquellas notas fugitivas, aquellas jaculatorias trágicas que se decía a sí mismo, aquellas preguntas a la eterna infinitud, a la infinita eternidad que son sus *Pensamientos*. En vez de brasas, tendríamos acaso cenizas... Por desdicha, en algunos sujetos el debilitamiento de la intuición, sobre todo la moral, da juego a las irrupciones de la lógica y sorprende las mejores convicciones». (*Alrededor del estilo*, XXIV, «Estilo y Progreso», 6 de octubre de 1924, *Obras Completas*, VII, Escelicer, p. 931).

92. «Recibí, mi querido amigo, su carta y su edición de los *Pensamientos* de Pascal. Gracias... Trabajo muy poco. Apenas escribo, ni siquiera cartas». Carta de 20 de febrero de 1925, *Epistolario inédito*, II, Laureano Robles, p. 161.

año después se ocupará de nuevo de Pascal, leyendo el libro de Elie Faure: *Montaigne et ses trois premiers-nés: Shakespeare, Cervantes, Pascal*, a los que sigue llamando «¡pobres hermanos míos!»⁹³.

REFLEXIONES FINALES: EL «PATHOS» DE PASCAL Y UNAMUNO

Unamuno y Pascal comparten un mismo sentir sobre algunas cuestiones esenciales. Son solitarios solidarios, dos pensadores sapienciales, dos clásicos *de profundis* a quienes une, sobre todo, un mismo «pathos». Entre otras cosas, aquello que no con-sienten⁹⁴.

No con-sienten a los que eluden las cuestiones esenciales y viven en un estado de permanente disipación y evasión, o de activismo ciego; a los que se aburren y no saben reconocer, en el hastío, la experiencia de un vacío que pide ser colmado con algo absoluto, a los que no sienten un anhelo de infinito que solo en lo eterno descansa.

No con-sienten a los que ignoran que la esencia de nuestro ser es el deseo, el deseo de perseverar en el ser, a los que olvidan que «importa para toda la vida saber si el alma es mortal o inmortal» (L. 164, B. 218). A los estetas y vividores, prisioneros de la superficie y satisfechos de sí mismos, a los banales que solo atienden a la comedia de la vida y no quieren ver el final inevitable del espectáculo: la muerte. A los que ignoran que por muy bella que haya sido la comedia, todo acaba igual: «con una paletada de tierra sobre la cabeza», que acaba la función» (L. 165, B. 183). A los escépticos que juegan a una suspensión del juicio, imposible en el plano moral.

Unamuno y Pascal no con-sienten la idolatría: el cientificismo creciente. No con-sienten a los que no distinguen las causas eficientes de las finales y no saben, como advirtió Pascal, que la geometría, no consuela en tiempos de aflicción. A los que no experimentan espanto ante el silencio eterno de los espacios infinitos; a los que piensan que el materialismo y el ateísmo es una buena noticia; a los que ignoran el precio de un mundo sin Dios; a los que se ocultan que sin inmortalidad no hay felicidad honda y sin Dios no hay verdad plena, que no hay dicha posible si todo es pasajero. Resuena en ambos el mismo interrogante: entonces, ¿para qué todo? ¿Es acaso la vida un sueño algo menos inconstante?, se preguntaba Pascal. ¡Sueños, nada más que sueños!, sospechará insistentemente don Miguel, especialmente en su época final. Perciben como nada lo que vuelve a la nada.

93. Carta a Jean Cassou de 29-I-1926. *Epistolario inédito*, II, Laureano Robles, p. 185.

94. «No con-siento más que dos posturas: la del cristianismo positivo (católico, protestante, etc.) y aún mahometano que cree en la otra vida a pies juntillas como continuación de ésta, o la del incrédulo que sufre y se desespera por dentro y es pesimista. Lo otro, lo comprendo pero no cabe en mí. Es cuestión de temperamento». Carta a Federico Onís de 28 de enero de 1913, *Epistolario inédito*, I, p. 187.

Pascal y Unamuno tampoco con-sienten a los que tratan de encerrar a un Dios incomprensible y misterioso en fórmulas o razonamientos lógicos, en última instancia recursos humanos, «demasiado humanos». No comprenden a los que confunden al Dios de los filósofos, una idea o concepto que ocupa un lugar en el propio sistema, con el Dios personal que consuela y salva, un Dios que sufre y resucita, un Dios garante de la inmortalidad; pero un Dios que incluso a los místicos se oculta en tiempos de noche oscura. Unamuno y Pascal solo entienden a los que buscan gimiendo a ese Dios que se esconde o a los que ya tienen fe y consuelo; a los que se esfuerzan de modo absoluto por acceder al Absoluto, o a los que, experimentado el abismo de su miseria y desconsuelo, se exponen al riesgo de la creencia luchando por convertir en realidad el ideal.

A todos sus interlocutores, cientificistas e indiferentes, dogmáticos y estetas, fariseos y ateos fanáticos, buscan inquietar y despertar del sueño de la inconsciencia. Es su forma particular de ejercer misericordia. Por este motivo, su labor como escritores es siempre polémica y apasionada; son escépticos ante los dogmáticos y dogmáticos ante los escépticos, cultivan las antítesis y las provocaciones, incluso de las paradojas, todo con tal de romper la dura costra que ahoga el interior. Profundizan en la experiencia del sufrimiento y ponen vinagre a las heridas, sabiendo que al igual que el dolor físico nos hace sentir el cuerpo, el dolor espiritual nos permite despertar el alma.

Pascal y Unamuno no se adscriben a escuelas o sistemas y su pensamiento, rico en metáforas, es difícil de clasificar. Piensan sintiendo y sienten pensando; piensan al límite del propio pensamiento, en el abismo. Gustan de digresiones y de provocaciones; sugieren más que adoctrinan, intuyen y muestran más que demuestran. Para muchas cuestiones, siguen el espíritu de finura, no el orden cartesiano o geométrico; escriben *ex abundantia cordis*, mostrando el orden del corazón, que consiste en la «digresión sobre cada punto con relación al fin, para mostrarlo siempre» (L. 298, B. 283). Este fin, en el caso de Pascal, es mostrar la miseria del hombre sin Dios y la grandeza del hombre con Dios; en el caso de Unamuno, el conflicto trágico entre el deseo de pervivencia y las pruebas de la razón, de una razón positivista, fenomenista. Sus dudas son vitales y viven el drama de su momento histórico, el drama de la modernidad, a modo de crisis personal.

Ambos distinguen tres órdenes de realidad distintos: los cuerpos, los espíritus y la caridad. Saben que al igual que hay quien no puede admirar más que las grandezas materiales, otros no admiran más que las intelectuales, como si no las hubiera infinitamente más elevadas en sabiduría. A los tres órdenes de realidad corresponden las tres facetas de la condición humana: el cuerpo (nivel sensible), la inteligencia (nivel inteligible) y el corazón (nivel sapiencial). Como Pascal, Unamuno mantiene el principio de inconmensurabilidad y discontinuidad de los distintos órdenes de las cosas: hay una enorme distancia entre la devoción, solo atenta a

preceptos y ritos, y la auténtica bondad gratuita. Es la distancia entre el cumplimiento de la ley y la caridad, la verdad más plena⁹⁵, el verdadero heroísmo y la santidad, que es más que especie de locura para los que están en un orden de realidad distinto.

He preferido destacar el «pathos» existencial que comparten Pascal y Unamuno, lo que no significa que entre ellos se constaten también notables diferencias. Apunto dos diferencias fundamentales:

La primera estaría en la intención apologética de Pascal, que le llevó a tratar de mostrar que la religión cristiana no es contraria a la razón (L. 12, B. 187). Unamuno no menciona este aspecto de la obra de Pascal y obvia los numerosos fragmentos que expresan esta intención. Se queda con el «Dios sensible al corazón» y con la apuesta, de la que destaca «el obrar como si se creyera».

En segundo lugar, Pascal opone el orden racional al cordial, la intuición a la demostración, el espíritu geométrico al espíritu de finura, pero opone sobre todo para distinguir. Fue un hombre de síntesis, científico y místico, que alertó sobre el peligro de reduccionismos de cualquier tipo, convencido de que solo el funcionamiento armonioso de la razón y el corazón conducen a una sabiduría humana. Unamuno insistió más en el radical enfrentamiento entre el sentimiento y la razón, la ciencia y la fe⁹⁶.

Unamuno fue también deudor de la lectura de Pascal a comienzos de siglo veinte. Como es sabido, los llamados *Pensamientos*, no son una obra póstuma, sino los papeles de un muerto como advierte M. Le Guern, su actual editor crítico. Publicados en 1670⁹⁷, después de la muerte de Pascal, sus distintos editores recogieron

95. «Se hace un ídolo de la misma verdad, pero la verdad fuera de la caridad no es Dios y es su imagen un ídolo al que no hay que adorar, y menos a su contrario que es la mentira» (*Pensamientos*, L. 926, B. 582).

96. En este sentido, llegará a declarar la bancarrota de la ciencia, y proyectará escribir un libro titulado: «Ciencia y Religión» o «Razón y fe» donde opondría lo lógico-racional y lo intuitivo emocional.

97. La obra apareció el 2 de enero de 1670, una vez que se habían apaciguado los ánimos contra Port-Royal. Se editó con el título: *Pensamientos del Sr. Pascal sobre la religión y sobre otros temas que han sido encontrados después de su muerte entre sus papeles* (Ed. Desprez). Etienne Pascal, su sobrino, explicó los criterios seguidos para la edición, en el prefacio. Aunque en un primer momento se había pensado imprimir los fragmentos «en el mismo estado en el que se los había encontrado», finalmente se tomaron las siguientes decisiones. En primer lugar, se recogió solo una selección de los fragmentos, descartando los menos elaborados y los más personales. En segundo término, la ordenación de los fragmentos se realizó pensando en facilitar su lectura, agrupándolos por temas que se indicaban en el correspondiente título, sin tener en cuenta si pertenecían o no a los «Papeles clasificados». En el prefacio también se hacía referencia a la Conferencia que Pascal había pronunciado en Port-Royal, según el relato de Filleau de la Chaise. Por último, también sabemos que se retocaron algunos fragmentos, en el contenido y en la forma, se suavizaron algunas afirmaciones y se prescindió de los pasajes más polémicos. Más tarde, en 1678 se preparó una nueva edición aumentada, seguida durante más de un siglo y leída por los autores del XVIII, entre ellos Voltaire, hasta que aparecieron las ediciones de Condorcet (1776) y Bossut (1779). Desde los inicios del siglo XIX, el avance de las ciencias históricas hizo variar la

sus fragmentos con un orden temático que primaba la comodidad del lector, pero que no respondía al estado de los papeles de Pascal. Se da aquí el caso que el orden de los factores altera el producto final y se comprueba que la lectura de Pascal es muy distinta según la ordenación seguida en más de los mil fragmentos.

Desde 1897, la edición crítica de Brunschvicg constituyó el referente obligado para el estudio de la obra y se impuso durante más de cincuenta años. Brunschvicg agrupó los fragmentos en catorce capítulos, siguiendo un orden temático que facilitaba su lectura y comprensión, pero que era una reconstrucción subjetiva de la obra original. En 1925, Jacques Chevalier preparó una nueva edición que volvía a reagrupar los fragmentos por temas y seguía el esquema de una Conferencia pronunciada por Pascal en Port-Royal y recogida por Filleau de la Chaise. Unamuno solo pudo conocer la edición de Port-Royal (1670), la de Brunschvicg y la de Jacques Chevalier.

La situación cambió a partir de 1947, con Louis Lafuma⁹⁸ que alteró por completo los criterios de edición hasta entonces mantenidos. Conservó la clasificación de los papeles a la muerte de Pascal, según la primera Copia del manuscrito original (B.N. ms. 9203), e incluyó a continuación los textos conocidos por otras fuentes. Con algunas variaciones, el criterio de Lafuma es seguido en las ediciones críticas actuales, como la de M. Le Guern (2000), que introduce algunas variantes⁹⁹. Aún con todo, por mucho que se progrese en el conocimiento del estado original de los papeles de Pascal¹⁰⁰, tampoco ahora es posible determinar con exactitud cómo

situación. En 1842, Victor Cousin descubrió el manuscrito de los *Pensamientos* en la Biblioteca Real y en un informe a la Academia Francesa, planteó la necesidad de una nueva edición de los *Pensamientos*. Entre otras cosas, proponía distinguir los fragmentos destinados a la Apología de los que no lo eran. En 1844, Faugère llevó adelante el plan y ordenó los fragmentos conforme a las nuevas exigencias. Para ordenar los fragmentos se inspiró en uno de ellos en los que Pascal explicaba su plan. La primera parte mostraría: «la miseria del hombre sin Dios», la segunda: «la felicidad del hombre con Dios» (L. 6), esquema que siguieron otros editores posteriores.

98. La edición de Lafuma incluye además de las tres Secciones de la Primera copia (I. Papeles clasificados, II. Papeles no clasificados, III. Milagros), una cuarta Sección (fragmentos 913 a 1010). Ahí se incluyen los «Fragmentos no registrados por la copia», agrupados en ocho apartados según las distintas fuentes de procedencia (*Colección de textos originales* [I], *Fragmentos incluidos en la segunda copia* [II], *Fragmentos incluidos en la edición de Port-Royal de 1678* [III], los *Cartapacios Vallant* [IV], *El manuscrito Périer de 1710* [V], *Los manuscritos Guerrier* [VI], los *Pensamientos inéditos* [VII] y finalmente las *Frasas atribuidas a Pascal*). Entre estos fragmentos destacan el *Memorial* (L. 918) y el *Misterio de Jesús*. 98. (L. 919), no incluidos en el *Recueil original* ni en las copias y que fueron añadidos por los sucesivos editores de los *Pensamientos* a partir de 1844 (edición de Faugère).

99. Por su parte, la de P. Sellier (1999) se apoyó en la segunda copia que había escapado a las correcciones realizadas por Arnauld, Nicole y Etienne Périer. La edición de F. Kaplan supuso un nuevo intento de reconstruir el proyecto de Pascal. Ahora el lector de los *Pensamientos* puede comprender por qué la numeración de los fragmentos varía según la edición siga los criterios adoptados, entre otros por Brunschvicg (B.), Lafuma (L.), Le Guern (L.G.).

100. ERNST, P. *Les «Pensés de Pascal: géologie et stratigraphie*, 1996. Desde Tourneur y Lafuma no se había realizado un estudio tan exhaustivo de los manuscritos originales.

hubiera podido ser la obra en el caso de que hubiera sido terminada. En la edición de Lafuma, que sigue las ediciones críticas actuales, el desafío que se plantea a sus lectores es descubrir los pasos ocultos de su argumentación a lo largo de las diferentes series. El ejercicio interpretativo es constante, pues en algunos momentos, es posible encontrar la cohesión de los fragmentos, en otros hay una yuxtaposición de temas diversos. Además, hay que saber descifrar los vacíos y silencios, así como la pluralidad de ideas, mensajes y claves. Hay que descubrir la lógica de un autor a veces escéptico que incita al desengaño y con frecuencia combativo ante la necesidad del mundo. Pero también, en ocasiones, se reconoce a un contemplativo que descubre los límites de la razón.

Ahora también se sabe el modo de trabajar de Pascal. Tenía por costumbre pasar de redacciones breves, lacónicas o incluso oscuras a escritos más largos con desarrollos de ideas. Así, el lector puede interpretar los fragmentos más breves y problemáticos por medio de los fragmentos más extensos con los que se podían quizá haber vinculado.

En conclusión, la diversidad de criterios seguidos en las distintas ediciones a lo largo de la historia muestra que, en el caso de esta obra, el orden puede alterar definitivamente el producto, ya que el lector que se adentra en los *Pensamientos* tiene una impresión de la obra muy distinta según una edición u otra. Escéptico o místico, misántropo o humanista, romántico o racionalista, ortodoxo o herético han sido algunas de las calificaciones de sus intérpretes. Cada época ha comprendido los *Pensamientos* de un modo diferente. El mismo Pascal parecía presentirlo, cuando advertía: «Las palabras diversamente ordenadas constituyen diversos sentidos, y los sentidos diversamente ordenados forman distintos pensamientos por su diferente disposición» (L. 784). De ahí que para comprender la unidad de la disparidad, sea preciso recordar la intención inicial y la finalidad de más de las dos terceras partes de la obra: la apología de la religión cristiana. En los *Pensamientos* nada es tan fácil como puede parecer a simple vista y la yuxtaposición de planos y las digresiones sobre los temas más diversos vuelven siempre a esta intención inicial de la obra. Este es el sentido que otorga unidad a la diversidad de planteamientos de los fragmentos: Como apunta en uno de ellos, pues: «todo autor tiene un sentido en el que todos los pasajes concuerdan o no tiene sentido alguno» (L. 257). Unamuno, como indicó en «La fe pascaliana», comprendió que había tantos Pascales como personas lo leen. Por su parte, él prefirió atender al Pascal que incita a su interlocutor a buscar a Dios y a pensar en los problemas esenciales y olvidó al que trata de mostrar la verdad de la religión cristiana, al que también afirma que «nadie es más dichoso que un verdadero cristiano, ni razonable, ni virtuoso, ni amable» (L. 357, B. 541).

La apuesta de Unamuno

Para terminar, quisiera referirme a la presencia «vital» que el argumento de la apuesta de Pascal tuvo en Unamuno¹⁰¹. ¿Quiso él mismo apostar por la existencia de Dios, tras su crisis espiritual del 98? Al menos, hay textos de su correspondencia y de su *Diario íntimo* que cabría así interpretar. Destaco en especial el siguiente:

... ¡Oh! Si yo pudiese creer y creyera, haría la vida más austera y penitente, imitaría la vida de los santos. ¿Sí? ¿Quieres creer? Pues imita desde luego esa vida y llegarás a creer. Conducete como si creyeras y acabarás creyendo. ¿Qué no puedes conducirte así porque no crees? Entonces es que no quieres creer, aunque otra cosa te parezca. Tu deseo de fe es una ilusión. El modo más seguro acaso de llegar a creer el credo, es rezarlo con el mayor fervor posible todos los días...¹⁰².

Si se analiza ahora el conocido argumento de Pascal se reconoce la parte final:

¿No hay algún modo de ver el revés del juego?». Sí, la Escritura y todo lo demás, etc. «Sí; pero tengo las manos atadas y la boca enmudecida; se me obliga a apostar y no tengo libertad; no se me deja, y estoy hecho de tal manera que no puedo creer. ¿Qué queréis que haga?... Trabajad no en convenceros por medio de acumulación de pruebas acerca de Dios, sino por la disminución de vuestras pasiones. Queréis llegar a la fe y no sabéis el camino... Consiste en hacer todo como si se creyese... (L. 418-B. 233).

Pascal quiso mostrar que es ventajoso apostar a favor de la existencia de Dios, pues si se decide provisionalmente vivir como si Dios existiera, no hay nada que perder y todo que ganar¹⁰³. Esto es si, a pesar de todo, no se puede creer por mucho

101. Actualmente, los estudios sobre Pascal discuten si este argumento no hubiera formado parte de la obra en el caso de haber sido terminada.

Entre los diversos textos de Unamuno entre los que aborda la apuesta pascaliana, al margen de «La fe pascaliana», destaco el siguiente, por dejar abiertas ciertas cuestiones: «¡Moral de esfuerzo! ¡Moral de resignación! Y la moral de la desesperación; la más íntima, la más humana, la más profunda, la única engendradora de la esperanza, ¿dónde queda? De una esperanza envuelta en dudas y en pavores, de una esperanza desesperada, pero esperanza al fin.

»Y aquí de Pascal y el *faut s'abêtir*; hay que embrutecerse, y no «hay que fastidiarse»; esto es, hay que acomodarse, hay que condescender cucamente, es decir, el *faut s'embêter*, como alguien ha confundido. ¡Pobre Pascal! También fue él geómetra y físico, y definió, pero no fueron sus definiciones geométricas las que le consolaron de haber nacido. ¿Qué fue? Fue su devoción furiosa, desesperada fue la furia, la desesperación de su devoción!

«Quiso creer, ¿lo logró? ¡Quién sabe...! Quiso no morir y se murió; ¿se murió del todo? ¡Quién sabe...! ¡Quién sabe nada!». *Divagaciones sobre la resignación y el esfuerzo*, 26 de junio de 1911, Los Lunes de «El Imparcial», *Obras Completas*, VII, Escelicer, p. 469.

102. UNAMUNO, Miguel de. *Diario íntimo*. Editorial Escelicer, Cuaderno 3, p. 254.

103. Pascal quiso argumentar con el incrédulo para que, lejos de la suspensión del juicio, del pirronismo o agnosticismo, tomara partido y viviera como si Dios existiera. Quiso romper el círculo vicioso en el que se encuentra el agnóstico, pues la suspensión del juicio y el egoísmo le impide abrirse a la Trascendencia, y su ignorancia del Dios cristiano le impide liberarse de su egoísmo. Piensa que el alejamiento de Dios, acentúa el ocultamiento de Dios.

que se quiera creer, es ventajoso y constituye una verdadera ganancia adoptar los hábitos morales, propios de la moral cristiana: «ser fiel, honesto, humilde, bienhechor, amigo sincero, verdadero», en la espera de la fe, la fe que salva. Este fue el aspecto pragmático del argumento interpretado por Unamuno de un modo particular.

Y hay la apuesta de Pascal,
La única que con Dios vale.
¡Órdago! Ahí está mi alma;
Tu voluntad, Señor, hágase! (*Cancionero*, VI).

He preferido incidir en la etapa anterior a *La agonía del cristianismo*, anterior al destierro, en la que se descubre en Unamuno una mayor afinidad con Pascal. Una apuesta por la esperanza, contra toda esperanza, aun en los momentos de mayor desconsuelo¹⁰⁴. Ahí radica su hermandad espiritual, su *pathos* existencial trágico y heroico, más no desesperado. Con el paso de los años y las dificultades vividas, don Miguel no parece encontrar la fe que tanto anhelaba¹⁰⁵.

Así, se comprueba una versión distinta del argumento de la apuesta en *San Manuel, Bueno, mártir*. Manuel, el párroco que alienta la fe de su pueblo, la verdad que consuela, se defiende cuando le acusan de fingir:

«¿Fingir?, ¡fingir no!, ¡eso no es fingir! Toma agua bendita, que dijo alguien, y acabarás creyendo». Y como yo, mirándole a los ojos, le dijese: «¿Y usted celebrando misas a acabado por creer?, él bajó la mirada al lago y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y así cómo le arranqué su secreto»¹⁰⁶.

Y este es quizá también el secreto más triste del propio don Miguel. Blasi-llo¹⁰⁷, al son de las campanas, clamaba: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

104. Después de su crisis del 97, Unamuno reaccionó con virulencia al intelectualismo y al fariseísmo y buscó la fe que consuela, la fe de la infancia, la pureza de la intención, la auténtica piedad del cristianismo originario (*Nicodemo el fariseo*). Más tarde, buscó actuar, comprometerse con un ideal, perseverar en la espera y actuar como si creyera.

105. La evolución espiritual de Unamuno ha sido analizada especialmente por Pedro Cerezo que califica de nadismo su última etapa. En una carta de Unamuno al Dr. José Castillejo de 2 de mayo de 1933, con ocasión del contenido de unas Conferencias que proyectaba pronunciar a la Colonia Española de Argentina, confiesa: «Los sermones –más que conferencias– que predicaré allí serán sobre lo que se podría llamar “La crisis del cristianismo” o de la civilización cristiana, base de mis obras *Del sentimiento trágico de la vida*, *La agonía del cristianismo*, *Mi religión* y otros ensayos acrecentado ello con las enseñanzas espirituales y religiosas de la trasguera... No creo que haya fracasado la ciencia y la filosofía en descubrirnos nuevas verdades si no que la verdad fracasa para consolar al hombre. Que la humanidad necesita para vivir del engaño y que lo terrible es que sepa que es engaño. Como usted ve la tesis más radicalmente pesimista... Serán las cuestiones mismas que traté en esas mis obras citadas arriba pero renovado su tratamiento. Y luego la imposibilidad de imaginarnos –imaginarnos, eh?– la otra vida y por lo tanto de consolarnos de la verdad». *Epistolario inédito*, II, p. 303.

106. *San Manuel, Bueno, mártir, Obras Completas*, II, Escelicer, p. 1141.

107. Sánchez Barbudo sugiere que el personaje de Blas, el bobo, en *San Manuel, Bueno, mártir* el que está más libre de dudas y el más ferviente cristiano del pueblo, tiene ese nombre en recuerdo de

y repetía mecánicamente el lamento de don Manuel, en la misa de Viernes Santo. Contrastan sus palabras con aquellas que Pascal pronunció, a modo de oración, antes de morir: «Que Dios no me abandone jamás».

El último acto de heroísmo de don Miguel, fue mantener su apuesta por la bondad que consuela, fuente de clarividencia espiritual. Del abismo, fue capaz de hacer brotar una acción solidaria, hondamente humana, cumpliendo la máxima *Del sentimiento trágico de la vida*: «Obra de tal modo que merezcas a tu propio juicio y a juicio de los demás la eternidad, que te hagas insustituible, que no merezcas morir»¹⁰⁸. Y así la entrega se convirtió en prueba del ideal y anhelo supremo, y mostró que el amor, que nace de la solidaridad en el dolor y crea sentido, redime del sufrimiento.

Pascal. (*Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado*. Lumen, Barcelona, 1989, p. 236). *San Manuel, Bueno, mártir*, sería una nueva confesión de los sentimientos de don Miguel en esas fechas, relato a modo de la *Profesión del vicario saboyano* de Rousseau. A propósito de la presencia de los «*Pensées*» de Pascal en *San Manuel, Bueno, mártir*, véase el artículo de CAMPOS FUENTES, María Cristina. *Hispanófila*, Literatura, n.º 149, 2007, pp. 17-26.

108. O. c., p. 433.